

# La Esfera

Año II \* Núm. 62

Precio: 5





¡ El santo de mamá !

Ehrmann.

# La Esfera

Año II.—Núm. 62

6 de Marzo de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



ATENEU DE  
BIBLIOTECA  
MADRID

D  
UOT  
M

CÁMARA

S. A. R. DON ALFONSO  
Príncipe de Asturias, heredero de la Corona de España  
Fotografía obtenida hace pocos días por Kaulak

DE LA VIDA QUE PASA

# LA MORAL FUTURA

CUANDO las naciones beligerantes depongan las armas y ajusten la paz sobre los despojos de los vencidos, ¿qué normas morales aspirarán a regular la conducta humana? Esa interrogación es extensiva a dos categorías de problemas: uno, el de las relaciones entre los pueblos; otro, más grave, el del trato social.

La solución del primero no apremia. La convalecencia de las naciones combatientes será tan lenta, transcurrirán tantos años antes de que restañen sus heridas y se repongan de sus quebrantos, que ningún pueblo mostrará la menor prisa por ver funcionando un tribunal de arbitraje que le preserve de las contingencias de la guerra. Sobre esa consideración importa poner otra que a muchos parecerá supérflua, pero que no dejará de hacer sentir su influencia en el ánimo de los hombres de gobierno.

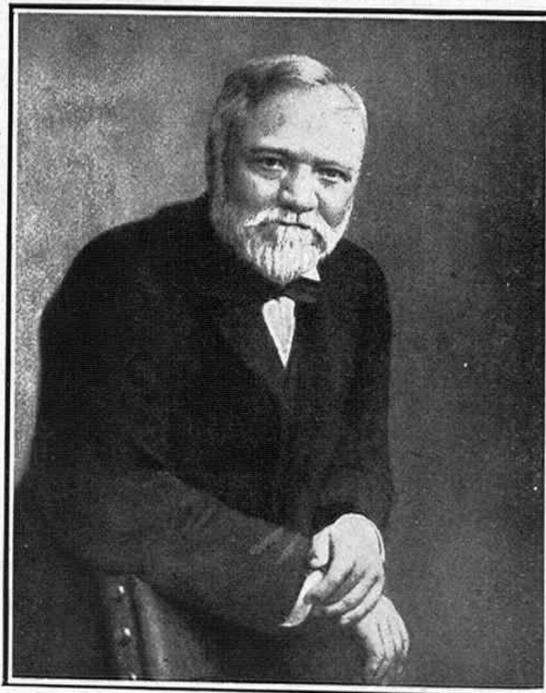
Aludo al fracaso de todo lo estipulado entre los pueblos sobre materia de guerra. ¡Qué insondable hipocresía ocultaban aquellos convenios! Sería curioso el internarse en el alma de Andrés Carnegie para conocer qué irónicos aspectos reviste, a estas horas, la quiebra de sus ilusiones pacifistas. ¿Qué pensará el ilustre filántropo que ha invertido más de veinte millones de francos en extraer las espinas agresivas de la sensibilidad de los pueblos? ¿De qué formas se revestirá su humillación?

Es probable que alguna persona se haya acercado al venerable multimillonario para invitarle a hacer examen de conciencia, pretensión cruel, de la que Andrés Carnegie habrá sabido, seguramente, eludir ó frustrar con más amargura que enojo. Lo de menos—con ser ya una tragedia—habrá sido para él la ruptura de las hostilidades. Lo terrible, lo burlesco, lo degradante, lo que le habrá apartado definitivamente del ideal pacifista, haciéndole dudar de la intervención del Cielo en esta innumera gusanera que llamamos Tierra, no habrá sido precisamente el desacuerdo de unos pueblos con otros, sino lo que ha venido después: las explosiones de odio colectivo, las matanzas bárbaras, las perfidias criminales y alevosas, los expolios a estilo de horda, la destrucción de pueblos indefensos, el arrasamiento vandálico de lo que era el pan y la alegría de los seres.

Dilatadas épocas de paz y de trabajo nos habían hecho olvidar de lo que es capaz el hombre cuando la fiera ancestral que dormita en él se despiereza. Al ver discurrir a las gentes dentro de la normalidad social, no se sospecha siquiera el nivel de barbarie que pueden alcanzar.

Nótese que no estoy ajustando a un grupo, a un pueblo, sino a toda la humanidad. El salvajismo—á eso equivale la fría saña con que los hombres se matan—no es privativo de ésta ó la otra nación. Es de todas. En vano se nos dirá, recogiendo servilmente la brutal paradoja de Moltke, que la guerra estimula la depuración de las almas por la práctica del sacrificio. Eso es una estupidez. Si ello fuera cierto, la suma de guerras que ha sostenido la humanidad y los torrentes de sangre que han vertido los hombres a lo largo de la historia, hubiesen hecho ya de la tierra un paraíso.

Porque, para ser lógicos, los que tal suponen habrán de concedernos que la supuesta ó real depuración de las almas, no puede quedar circunscrita dentro de la generación de hombres que se batan. La eficacia moral de su sacrificio habrá de repercutir en



ANDRÉS CARNEGIE

las generaciones sucesivas, dándoles una más extensa aptitud para el bien. ¿No es eso? Si asentimos a la afirmación, habrá que convenir en que la experiencia militar de nuestros antepasados debiera haber amortiguado la violencia de nuestros instintos de agresión, familiarizándonos con la justicia en el trato humano.

¿Verdad? Todavía si la guerra se hubiese desencadenado por un país que sintiera la impaciencia de civilizar a otros pueblos, habría derecho a suponer aquel espíritu de sacrificio. Pero, si la civilización es hoy uniforme, si las mismas ideas, los mismos usos y los mismos intereses están en circulación en todos los pueblos, ¿cuál de ellos puede excusar el desate de sus instintos belicosos en nombre de la inferioridad cultural de los demás? ¿Qué nueva moral van a imponer los vencedores al mundo, con las puntas de sus espadas? ¿Va a resultar de su victoria una nueva interpretación económica del derecho? ¿Van a provocar los ejércitos victoriosos una capitulación del egoísmo social? ¿Se creen seguros de afirmar el predominio de una moral que mitigue las injusticias que dividen a los hombres?

Pues, si nada de eso va a sobrevenir, venga quien venga, ¿a qué entonar esos himnos a la guerra, a la civilización militar y a los instintos de destrucción? ¿Qué estúpida hipocresía nos conduce a esas exaltaciones?

Si se me arguye que las guerras son fenómenos que responden a un fatalismo moral y económico, difícil ó imposible de conjurar, me inclinaré respetuoso. Es cierto. Los pueblos fuertes propenden a la agresión, como derivativo de sus excedentes de vigor. Son como ciertos hombres a quienes la opulencia sanguínea obliga a sangrarse para vivir. Pletóricos de fuerza, tratan de imponerse a los demás.

El caso se ha repetido muchas veces al través de la historia. Todavía Roma pudo envanecerse de haber honestado sus demasías de conquista con propósitos culturales. Domeñó, pero civilizó. Pero qué nación podría ufanarse ahora de legitimar la guerra con aquel ideal?

Se pelea por anhelo de ensanches territoriales, de expansiones colonizadoras, de ventajas económicas.

Es una fiebre de poder material la que solivianta los espíritus y arma los brazos. La bandera que tremola sobre una trinchera que se acaba de tomar no pregona el triunfo de un ideal, sino una posibilidad mercantil. No se batan los romanticismos sino las ambiciones. No están frente a frente la civilización y la barbarie, sino dos intereses que pugnan por desalojarse de un mercado...

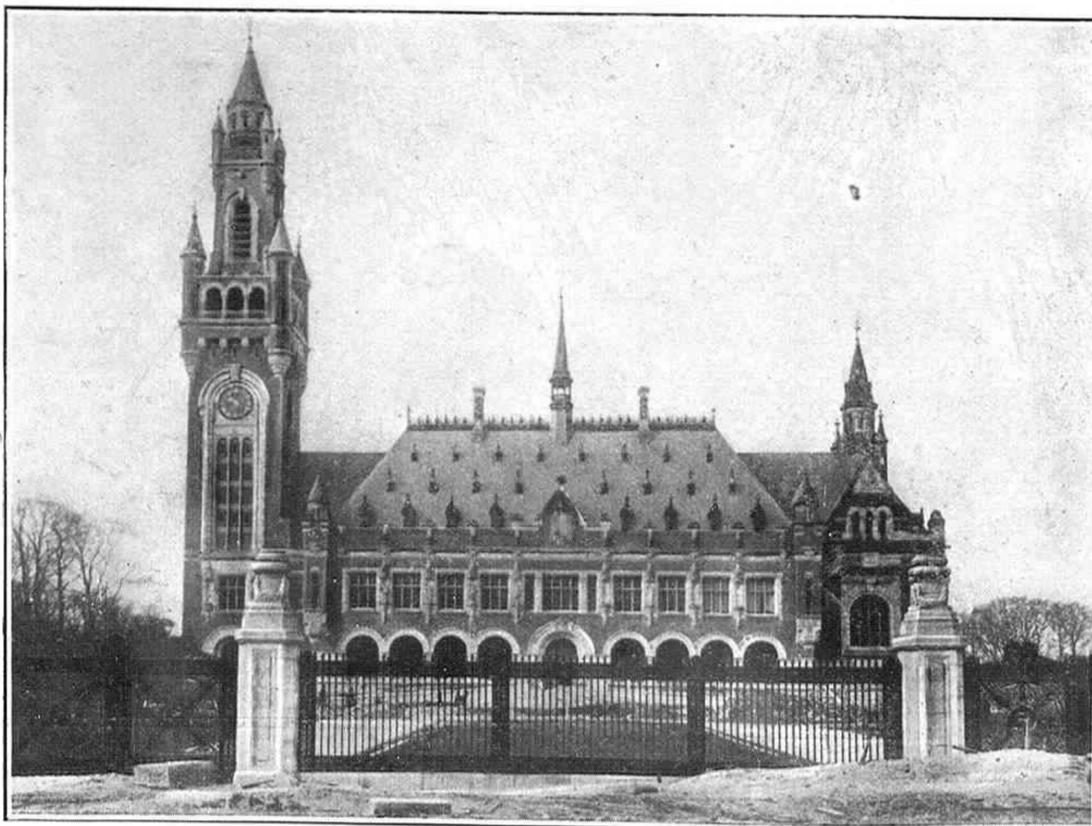
... ¡La moral futura! No es menester arrogarse el don profético para prever cuál va a ser. Por de pronto vendrá, no ya el descrédito de todo ideal pacifista, pues a eso ya hemos llegado, sino la supremacía de una moral internacional, que ha previsto con su clarividencia de siempre el ilustre histólogo Ramón y Cajal. Los pueblos, lejos de resignarse al desarme y al disfrute del reposo tras una época de despilfarro de sangre y de dinero, soñarán con engrandecerse rápidamente, por la eficacia de la guerra. Los reyes bastardearán su constitucionalismo contrayendo la megalomanía imperialista.

Gobernantes sin escrúpulos, en vez de templan aquella fiebre de poder, con la reflexión y el culto de otros ideales, la enardecerán con estúpidas evocaciones del pasado, lanzando criminalmente a los pueblos en las más desatinadas aventuras.

No habrá tribunales de arbitraje. El recuerdo de La Haya no tendrá más valor que el puramente geográfico que corresponde a la capital de Holanda. Los juristas de autoridad internacional, tendrán que esconderse avergonzados. Los servicios serán completamente innecesarios.

Eso, en cuanto a las relaciones entre pueblos y pueblos. En lo individual prevalecerá la misma norma de conducta. Los tratados de moral tendrán un cierto valor arqueológico y los fundadores de religiones serán estudiados por la gente como casos patológicos.

Al fin, cuando los hombres, en una hora de indefensión y de angustia vuelvan los ojos al Cielo, no podrán menos de alterar el texto de la oración y decir: Padre nuestro «que estabas en los Cielos...»



El Palacio de la Paz, de La Haya

MANUEL BUENO

# MUERTOS ILUSTRES DON FRANCISCO, EL SEMBRADOR



A los doce años

ERA andaluz, muy andaluz, de Ronda, como su madre y su tío D. Francisco de los Ríos y Rosas, oriundo su padre de Vélez Málaga. Andalucía por los cuatro costados. ¿Por qué nos detenemos en esta minucia? Por algo ligeramente transcendental. Andalucía no solo es en el extranjero mal comprendida; en la misma España, hasta entre muchos andalu-

ces, pasa por incapaz de dar otros frutos que poetas líricos, pintores, políticos charlatanes, toros y toreros, vides y olivos, guitarras y castañuelas, cantaores y bailadoras.

Esta vulgar creencia en la incapacidad de Andalucía para crear pensadores, filósofos austeros y políticos y hombres serios, ha creado un vocablo designador de la baratija retórica, de la bambolla palabarrera, del charlatanismo huero, de la mala, de la peor política. El vocablo es éste: andalucismo.

Nada más contrario á la historia y á la realidad. La Andalucía romana, como la Andalucía mahometana y la del renacimiento, desmienten esa vulgar preocupación, que rechaza también la Historia contemporánea. ¿Que no? A ver qué otra región puede exhibir esta legión de políticos serios, muy serios, y de hombres, muy hombres: Mendizábal, Narváez, Nicolás María Rivero, Fermín Salvochea, Ramón de Cala, Federico Rubio, Eduardo Benot, Ríos Rosas, Salmerón, Cánovas... Y hay muchos más, y comprobado quedaría nuestro aserto con que no hubiese más que uno, el rondeño D. Francisco Giner de los Ríos.

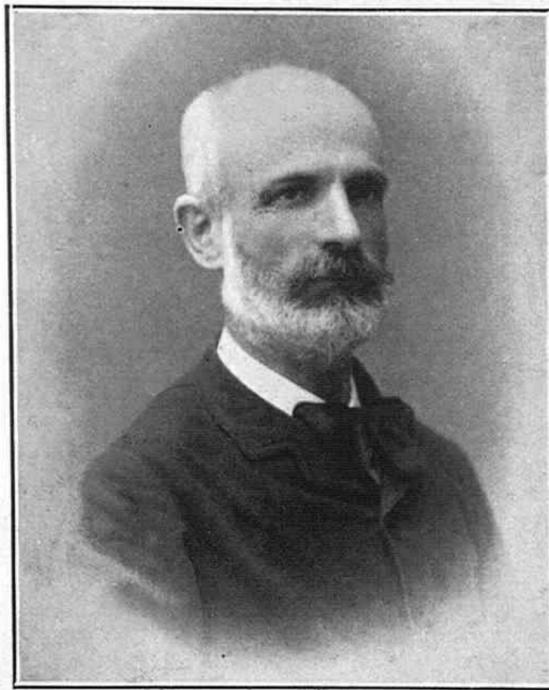
De su Andalucía tenía la gracia, la imaginación viva y la palabra fácil y elocuente. En lo físico, eran andaluces sus ojos hermosos, grandes, expresivos, brillantes. Bajito, enjuto, de color sano, tostado por el aire y el sol, ágil, andarín, no parecía lo que era á aquellos que no ven la realza sin lo que D. Juan Valera llamó chirimboles históricos.

Le ocurría lo que á las mujeres sencillas, de belleza no llamativa ni provocadora, que en la calle nadie les echa flores, pero que roban el co-

razón del que se fija en ellas por tener la dicha de gustar las mieles de su conversación y de su trato. A todos los amigos de Giner de los Ríos les habrá pasado que al saludarle reverentes en presencia de personas que no le conocían y al saber éstas quién era el viejecito tan cariñoso y respetuosamente saludado, las oírían exclamar: «¡Pero es ese D. Francisco Giner de los Ríos! ¡Parece mentira! Tan poquita cosa, tan tímido, tan humilde...»

Ningún elogio tan grande y, sobre todo, tan del agrado del elogiado como esas cándidas exclamaciones del vulgo, de la turba multa, de los papanatas necesitados de las ínfulas, los cetros, las togas, los uniformes, los símbolos y las representaciones para creer en la autoridad, en la justicia y hasta en la ciencia y en el arte. (Las melenas, los chambergos y las pipas no son sino el homenaje del artista á los filisteos.)

Giner era eso que asombraba tanto: la virtud amable, sin «el morir tenemos»; la sabiduría sin dogmatismo; la enseñanza sin disciplinas; la



En 1881

educación sin pedagogía; la religiosidad sin dogma ni Iglesia... Como crecen los niños, jugando, y aprenden á andar, andando, cayéndose y levantándose, así enseñaba y educaba D. Francisco Giner de los Ríos. Nunca estaba en cátedra, jamás hablaba excátedra, nunca sobre el trípode. Enseñaba y educaba siempre sin pretenderlo, y enseñando aprendía y educando se educaba, decía él, y era verdad.

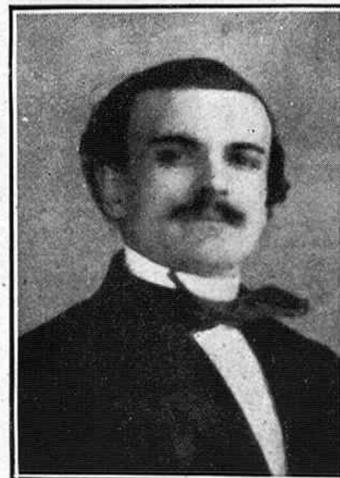
Era un pródigo. Todo lo daba. Su dinero, su ciencia, su consejo, su conversación; su vida era para los demás. Nada de fórmulas, de velos, de santuario, su aula y su templo predilectos eran el campo, la Naturaleza, y dentro del inmenso escenario la porción de tierra que llamamos en Madrid la sierra, por antonomasia, ó el Guadarrama. D. Francisco Giner de los Ríos fué el descubridor para los madrileños, de esa tierra del Guadarrama, si no geográficamente, claro es, aficionándoles á gozar de sus encantos.

A sus compañeros de excursiones les hemos oído relatar extasiados lo que en el campo valía D. Francisco. Alguno le comparaba con el dios Pan. Otros decían que dulcificaba y espiritualizaba el paganismo, siendo, en plena naturaleza, un San Francisco de Asís que besara las flores, respetara á las sabandijas y saludara con el nombre de hermanos no sólo á las alimañas y á las fieras sino á las ninfas y á los sátiros de la mitología.

Muchos preguntan: ¿Qué ha hecho ese hombre al que tanto admiráis? ¿Cuál es su obra maestra?

Esas preguntas nos hacen meditar. Obra

maestra, un *Quijote*, una *Catedral de León*, una *Alhambra*, una *Mezquita de Córdoba*, unas *Meninas*, no deja D. Francisco Giner de los Ríos. Valía más que todos sus libros, con dejarlos estimabilísimos y con ser, sobre todo en sus últimos años, un magnífico escritor. Era superior hasta á su fundación esencial, con ser tan valiosa como la Institución Libre de Ense-



En 1858

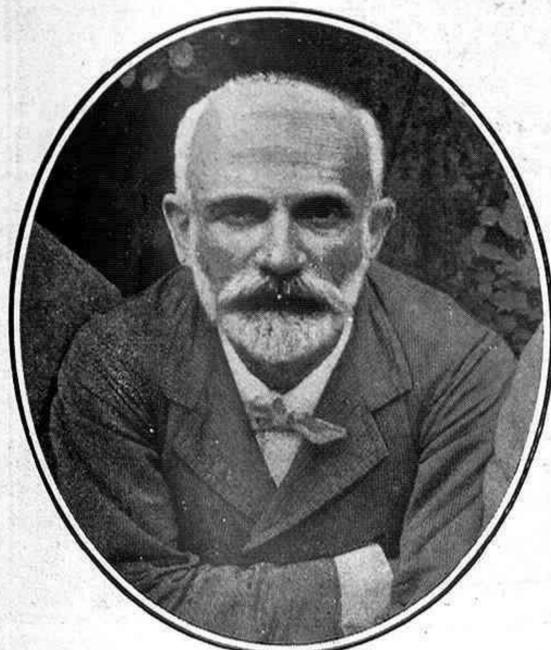
ñanza. Los mejores, los más elocuentes de sus discursos, no podrán ser recogidos en las antologías porque los pronunció, á su pesar (huía de la oratoria), entre amigos, familiarmente. ¿Qué deja Giner de los Ríos? ¿Qué sobrevivirá á Giner? ¿Morirá con sus compañeros, con sus amigos, con sus discípulos? ¿Le ocurrirá ¡oh, dolor! lo que al cantante y al cómico que no viven más que la vida de sus oyentes, de su público?

No. D. Francisco Giner de los Ríos fué un sembrador. Sembraba unas veces á voleo, otras en el surco bien arado, muchas al pie de los viejos árboles. Su vida fué una siembra. Por sus frutos se le conocerá en la España venidera.

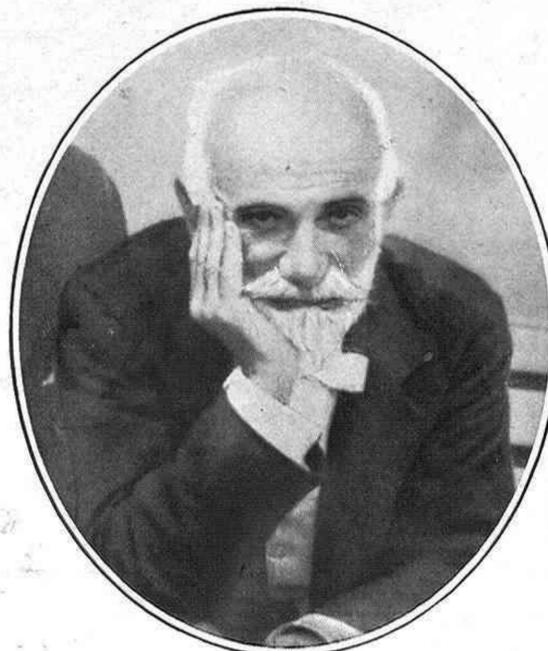
A veces se olvidará la semilla y la mano que sembró. Pero cuando los españoles nos tolere-mos unos á otros, abandonemos intransigencias, nos curemos de la propensión á la violencia y á la arbitrariedad; cuando la Universidad tenga alma, cuando el magisterio sea no sólo respetado sino amado, cuando la sinceridad sustituya en el Parlamento, la prensa y el comercio social á la doblez hipócrita ó á la deslenguada arremetida, cuando el pueblo goce más en una jira campestre que en una corrida de toros, no faltará alguien, así pasen años, así transcurran siglos, que diga: Compatriotas, esa es la obra de D. Francisco Giner de los Ríos, de aquel viejecito que, superior á su patria y á su época, falleciera en Madrid el 18 de Febrero de 1915.

La siembra, la siembra de ideas, de virtudes, de exquisiteces, delicadezas, procedimientos, métodos y aficiones es la obra perdurable de D. Francisco Giner.

ROBERTO CASTROVIDO



En 1892



En 1908

ATENEOD  
BIBLIOT  
MA

# TIPOS DEL EJÉRCITO TURCO



CÁMARA

LA PRIMERA MATERIA DEL EJÉRCITO OTOMANO  
Reclutas kurdos concentrados en Bagdad para incorporarse á los ejércitos de operaciones en Egipto y en el Cáucaso

## LA DOBLE VIDA DE SARAH BERNHARDT

**P**UEDE existir, efectivamente, una segunda vida, íntima, personal, vulgar si queréis, pero propia y privada, en artistas de la enorme actividad desarrollada durante más de media centuria por una trágica de las altas emotividades y las múltiples adaptaciones de Sarah Bernhardt? Ella, en efecto, fué la que hubo de titular con ese epígrafe sugestivo, sus recuerdos y, sin embargo, la mujer como tal mujer aparece en ellos fugazmente. La actriz, en cambio, los invade casi en absoluto. Verdad que destaca, en lo que ha contado, su naturaleza vibrante y apasionada, que capaz de hacer á la artista esculpir y pintar, también la hacía montar á caballo, descender á los abismos infernales de Plogoff, subir en globo, tenderse en un féretro, reñir y confesarse. Mas de ello solamente deducimos que debió amar, odiar, sufrir—y vivir en una palabra—con doble intensidad que la mayoría de las gentes.

La celebración en el año 1912 de sus bodas de oro con la escena, sirvió para que sus biógrafos volviesen sobre las principales efemérides de su carrera gloriosa. Y los lectores pudieron evocar aquella existencia, forjada sobre el duro yunque de una voluntad alumbrada constantemente por la vocación, desde el esfuerzo cicateramente premiado en el Conservatorio hasta las caricias primeras de la celebridad y las inmediatas plenitudes del triunfo. Pero á nosotros acaso nos interesarían especialmente las curiosas iniciaciones de la artista, al sorprender en ellas luchas y vacilaciones graves. Nos referimos á aquellas cóleras, á aquellas tristezas, á aquellas crisis de misticismo sentidas ya en la primitiva «pensión» de Madame Fressard y que, posteriormente, habían de incitar á la joven colegiala del Convento de Versailles á adoptar el hábito religioso. Porque el momento es curiosísimo. La niña de catorce años se obstina en profesar, la familia se opone, queriendo rescatarla á la vida, y una feliz idea del duque de Morny, amigo de los padres, la salvará de paso para el Arte. Sarah es llevada á una representación en la Comedia Francesa, y la adolescente recibe íntegra la emoción de una tragedia clásica, estallando, de pronto, en tremendos sollozos sus pobres nervios conmovidos. La vocación se había revelado. Y los cronistas daban mayor importancia á los episodios públicos de su existencia victoriosa que al instante supremo de la crisis decisiva. Ella misma concede relativa transcendencia á esos hechos cuando los refiere, procurándose como una simple distracción en unos resurgimientos infantiles, tan esfumados en el tiempo, que confundirá el título de la obra determinante, pues si una vez sostuvo que se trataba de *Anfitrión*, en reciente entrevista dirá que se trataba de *Británico*.

Así y todo, y aunque ella huya de cuanto se aleje mucho de sus actuaciones escénicas á sus palabras hemos de acudir, en la seguridad de que han de mostrarnos notables facetas de su carácter. Oigamos la confesión de su «debut» verificado en la Comedia Francesa el 1.º de Septiembre de 1862 con la tragedia *Ifigenia*: «Colocada convenientemente y prevenida por Provost, mi maestro del Conservatorio, entré en escena. Me precipité sobre Agamenón, mi padre, y necesitando un apoyo constante porque creía desfallecer, me arrojé enseguida sobre Clitemnestra, mi madre. En suma, me moría de angustia. Y cuando salí de escena subí de tres en tres los escalones que conducían á mi cuarto. Comencé á desnudarme febrilmente y Madame Guérard, espantada, me preguntó si estaba loca. ¡No había intervenido más que en un acto y faltaban cuatro todavía!... Me dí cuenta del peligro y del ridículo si no dominaba seriamente mi nerviosidad, y mirándome cara á cara al espejo, díme una orden terminante. El mandato de mi reflexión se cumplió. No destaqué, pero concluí la representación.»

Se han asociado aquí la voluntad y el orgullo en coincidencia salvadora. Y este orgullo, unido poco después con la ternura, hará á la artista salir de la Comedia Francesa, consecuentemente á una escena violentísima. Sucedió que al salir Madame Nathalie, una hermanita de Sarah llevada por la joven actriz al teatro, casi sale ante la batería detrás de la comedianta. Mas ésta la castigó tan brutalmente, que la pequeña rompió á llorar con desconsuelo. Sarah, indignada, gol-

peó á Madame Nathalie. Thierry, el administrador, notificado del escándalo, hubo de exigir á la agresora que pidiera perdón. Sarah se negó rotundamente. Y no resistiendo la venganza de la agredida que quería privarla de un papel ya repartido, rasgó su contrato y se marchó. Sus inquietudes y su energía la arrancarían de Francia misma. Entonces, precisamente, vino á España, desembarcando en Alicante, en la sola compañía de una sirvienta, corriendo á Madrid reclamada por la enfermedad de su madre.

Los primeros aplausos que la saludaron en el Odeón, se relacionan con una anécdota delicada y descriptiva. Vedla: «Durante un ensayo mi compañera Agar se adelantó despacio al sitio donde yo estaba. Detrás de ella iba un joven de veinticuatro á veinticinco años.—Oye—me dijo,—está en tu mano hacer la felicidad de un poeta.—Invité al joven á sentarse, y me fijé en él. Su rostro era pálido y su aire tímido.—¿Es usted poeta, caballero?—pregunté.—Sí, señorita—contestó con voz temblorosa,—he escrito una obra y Mlle. Agar cree que usted debería representarla con ella. Estoy seguro de que tendrían ustedes un éxito enorme. ¡Además, estarían tan bellas!—y al decir esto contemplaba á Agar con mirada radiante». El poeta era Francisco Coppée, la obra *Le Passant*. En la primera noche hubo que levantar el telón ocho veces. El nombre de Coppée fué famoso de pronto. Y Sarah y Agar lograron, como había previsto el modesto autor, un triunfo resonante. La gran trágica olvidará difícilmente en sus conversaciones esta efemérides, que fija un paso definitivo en su propio camino hacia la gloria. Víctor Hugo, no obstante, será su consagrador. Al terminar la representación de *Hernani* podrá exclamar satisfecha: «¡Al fin he dominado al público!»

¡Qué agitación, sin embargo, antes y después, qué caudal de energía despilfarrado sin quebranto de su estupenda juventud eterna! Y anotad las contradicciones de la audaz y la altiva, de la que rompía en nueva ocasión con la Comedia Francesa por el capricho de subir en globo. Supersticiosa, fiando, por ejemplo, la conveniencia de cierto contrato á la forma que adoptase un borrón caído casualmente en el pliego que se disponía á firmar. Temerosa la conquistadora de multitudes, al ensayar las genuflexiones y las frases con que había de presentarse en una fiesta privada de las Tullerías, ante la familia imperial.

Acaso la amable broma que la dedicó aquella vez el Emperador, burlándose de su timidez, hiciera arraigar en ella una simpatía gemela con la que le produce la figura del primer Napoleón. Porque ha contado, en efecto, su impresión de los hombres distinguidos que trató, todos los de la historia francesa contemporánea. Apuntad esta semblanza de Gambetta: «No era vulgar ni ordinario. Cuando hablaba de literatura poseía un encanto único. Sabía de todo y recitaba prodigiosamente los versos. Una noche ejecutamos juntos, después de cenar en casa de Girardin, la escena del primer acto entre Hernani y doña Sol. No diré que superase á Mounnet-Sully, pero sí que estubo admirable». Y esta otra: «Pablo de Rémusat era un espíritu delicado, de amplias ideas, de maneras elegantes. Algunos le acusaban de orleanismo, cuando era republicano, y republicano más avanzado que Thiers. Le producía horror la mentira. Era sensible y de carácter firme y recto. Cierta vez, á instancias mías, aceptó al cabo la cartera de Bellas Artes, con que le brindaban. Pero en el último instante, la rehusó de plano».

Estos veloces dibujos no son aduladores siempre. Sus facultades críticas no se humillan. Juzgando á compañeros suyos aureolados por la celebridad, dice: «Guitry es el primer artista de la escena francesa, porque es á la vez comedianta y artista, cualidades que no suelen encontrarse reunidas. Henry Irving, por ejemplo, es un artista extraordinario, pero no es un cómico, al revés de lo que le sucede á Coquelin. Mounnet-Sully tiene genio y él auxilia al artista y al comedianta, mas ese genio le hace incurrir en exageraciones lamentables para los amantes de la belleza y la verdad. La Bartet es una comedianta dotada de un delicado sentimiento artístico. La Réjane será lo que ella quiera ser. Eleonora Duse es menos artista que cómica. No ha creado

un personaje que perpetúe su recuerdo. Sigue las rutas trazadas, aunque poniendo árboles donde había flores y flores donde había árboles. Se coloca á la inversa los guantes de otros, aunque con una gracia infinita y un encantador abandono. La Duse es una cómica eminente, no es una gran artista. Novelli pertenece á la escuela antigua, preocupándose muy poco del lado artístico. Antoinette está frecuentemente traicionado por sus facultades, pues su voz es ronca y sus gestos ordinarios, sin que deje de ser un artista al que nuestro teatro debe gran parte de su evolución hacia la verdad...»

Esos rasgos fijan, desde luego, algunas condiciones de su carácter en las derivaciones moral é intelectual. La mujer, no obstante, se oculta, se refugia en sus afectos y no autoriza á penetrar en el santuario. Y nosotros, que desearíamos vislumbrar la verdadera vida entre la ficticia vida de las telas pintadas de los escenarios, y que quisiéramos saber si latan efectivamente corazones humanos con independencia de las palabras que el talento de un dramaturgo pueda ir dictando, hemos de renunciar en el caso presente.

¡La mujer! La mujer aparece en Sarah con su feminidad exclusiva poco después del feliz estreno de *Le Passant*, siquiera sea en manifestaciones públicas también... Es la guerra... Es el año 1870 interrumpiendo la firme ascensión de la artista... Entonces ella, comprende que la realidad, tan sangrienta y cruel como las tragedias clásicas, es á la par áspera y ruda, y que no bastarían para dulcificarla cuantos manantiales de bondad existieran en el espíritu. Y la joven actriz, sin atender ya unas ambiciones, acaso truncadas definitivamente bajo la terrible cerrazón del cielo de su patria, establecerá una ambulancia sanitaria en el teatro del Odeón y atenderá á los heridos con generosidad y esmero ejemplares.

¡La doble vida! Ahí la tenéis, surgiendo de un lecho de dolor, donde la intervención quirúrgica ha cerrado cruentamente los días triunfadores... Y es el año 1915... Y es la guerra también, un duelo más feroz que el de antaño, librado entre los hijos de aquellos otros combatientes. El Destino la había condenado á ser testigo de las dos epopeyas.

Y si la artista, concluída para la escena, ha de repasar melancólicamente la extensa lista de unas victorias, imposibles de ser reverdecidas fuera de la memoria, la mujer, rodeada de los suyos, habrá de pensar forzosamente en esos trenes de heridos que bajan hacia el Mediodía trazando nuevas y espantosas líneas rojas á lo largo del amado territorio.

José ALSINA

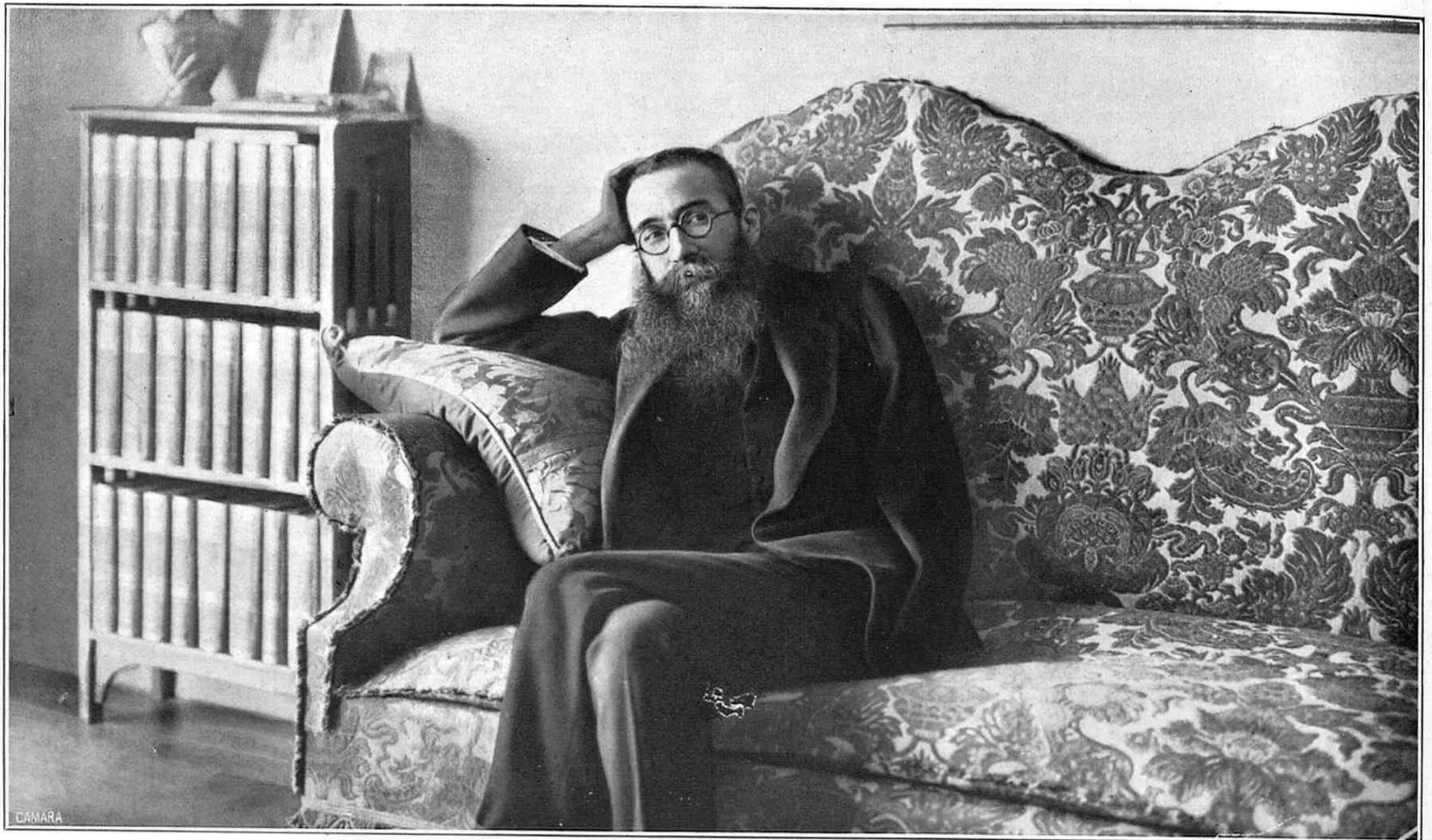


Sarah Bernhardt en "L'Aiglon"

BIENEO DE  
BIBLIOTECA  
MADRID

## NUESTRAS VISITAS

## DON RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN



D. Ramón del Valle-Inclán en su gabinete particular

TENÍA yo entonces una docena de años—de esto hace diez y seis—y acababa de llegar á Madrid. Nos conocimos, ó mejor dicho, le conocí en una casa de huéspedes de la calle Mayor, 18. El era igual que ahora, un hombre extraño, un caballero de pesadilla, que parecía escapado de un lienzo del «Greco»... Tenía algo de fantasma, mucho de místico y algo de loco. Su barba era una abundosa madeja negra que le caía sobre el pecho yendo á fundirse en los tonos oscuros de sus trajes. Usaba entonces una gran melena alisada hacia atrás. Eran sus ojos pardos y agresivos y sus cejas dos intensos bordes negros. Estaba muy enflaquecido, y bajo la piel lívida de sus sienes se podían contar las azulosas venas. Aquel rostro tenía algo del Nazareno; tal vez el matiz pálido y térico, tal vez la expresión serena y soñadora de místico enamorado de un ideal. Recuerdo que á mí me infundía algo de pavor y sugestión al mismo tiempo. Si me tropezaba con él en los pasillos oscuros dábame miedo y, sin embargo, me gustaba observarle cuando estaba aposentado en el comedor; y placíame oírle discutir exaltado con los demás huéspedes y me agradaban en extremo las frases cariñosas que de vez en cuando, con gesto arisco y voz atiplada, me dirigía.—«Hola, buen mozo»—me saludaba;—y, al mismo tiempo, con su mano de cera, descarnada y fría, acariciábame la frente ó me daba unos leves golpecitos en la nuca. Y aquel raro huésped que contaba cosas tan entretenidas y estupendas, que por entonces era dueño de sus dos brazos y que no había escrito nada en periódicos ni libros, tenía una autoridad enorme é indiscutible sobre los demás. Era considerado como un superhombre. Y á pesar de que iba algo extravagante con un macferlán y un sombrero de copa repelado, todos le llamaban «Don Ramón»; y Don Ramón poseía como nadie ese privilegio misterioso de captación de ánimo: era un imperativo hipnotizador. Si durante las discusiones le decía á alguno: «¡Es usted un bruto!», el agredido le disculpaba pacientemente, diciendo: «Nada, cosas de Don Ramón».

Mas un día «Don Ramón» desapareció, y ya, cuando al cabo del tiempo le volví á ver, tenía la

barba más corta, se había quedado manco y escribía en *El Imparcial*.

La gloria le hizo á Don Ramón olvidarse de este pequeño amigo.

Perdona, lector.

ooo

Hoy «Don Ramón» nos recibe en su hogar; un pisito coquetón donde todo es arte, lujo y luz. En su compañía están Ricardo Baroja y Anselmo Miguel Nieto.

«Don Ramón» ha variado muy poco. Tiene las mismas barbas, tal vez un poco más crecidas y con el triste aderezo de algunos hilos plateados, y la misma mirada burlesca, agresiva é indómita. No conserva la larga melena; sino que ahora lleva su cabeza, alta de occipital, pelada al rape. Unas gruesas gafas de concha se agarran como tenazas á sus sienes ambarinas. Más pálido que antes, tal vez, y también más reposado de espíritu.

A ante su presencia de monje soñador y legendario ó de caballero de horca y cuchillo, hemos sentido revivir en nosotros los ya olvidados miedos de la infancia.

—¿Se acuerda usted, Valle-Inclán?—le hemos preguntado nosotros.

—Mucho, de aquellos tiempos, mucho.

—¿Qué edad tendría usted entonces?...

—No sé. Ajuste usted. Nací el año 70, y de eso hace ya quince ó diez y seis años.

—En efecto, eso hace. ¡Y qué de cosas han ocurrido desde entonces!...

Y tras estas palabras hemos hecho un silencio para rememorar, para que nuestra imaginación se torture y se deleite recorriendo el pasado.

Nosotros estamos hundidos en una muelle butacona. El poeta permanece de pie, apoyado de espaldas en el radiador de la calefacción. Los reflejos de sus lentes no nos dejan ver los ojos. La manga izquierda de su americana cae sin brazo.

—¿Cómo fué perder el brazo?—le preguntamos.

—A consecuencia de un flemón difuso producido por la herida de un gemelo del puño.

—No me explico... Cuéntemelo usted,

—No tiene importancia. Manolo Bueno, á quien quiero mucho, y yo, tuvimos una discusión. El, en el acaloramiento de la controversia, me sujetó la mano y al apretar me clavó el gemelo aquí en el mismo canto de la muñeca. Nada; un rasguño sin importancia; pero pasaron ocho días y la mano se fué hinchando y yo sentía unos dolores desesperados; consulté á los médicos y me dijeron que aquello era un flemón difuso; en seguida me lo dilataron y no fué suficiente. Aquella noche de la operación leí yo en el *Heraldo* que el torero Angel Pastor había muerto de un flemón igual al que yo tenía... Esto me dejó algo perplejo y al llegar el médico le dije mi propósito de que me amputara el brazo; él no se decidía, pero yo insistí. «Nada, doctor—le dije;—estoy decidido á que hoy mismo me corte usted el brazo; así desaparecerán dolores y peligros». Y aquel mismo día me amputaron el brazo por encima del codo; mas la infección ya se había corrido y tuvieron que volver á cortar al día siguiente por el mismo hombro.

—¿Le darían á usted cloroformo las dos veces?

—¡Ah! no, señor, ninguna; me opuse á ello.

—¿Y cómo pudo usted resistir la operación?

—Sin moverme y sin proferir un grito, ni el más leve quejido... Recuerdo que para ver yo bien las amputaciones, hubo necesidad de pelarme el lado izquierdo de la barba, y así... ¡con la cabeza vuelta, presencié todo!

—¡Es horrible eso!... Usted es un hombre estoico—exclamamos, al mismo tiempo que un escalofrío de horror nos corría por los huesos.

—Soy un poco sereno, sí—responde el maestro con voz desazonada y sin darle importancia.

—Para usted constituirá una gran desgracia haber quedado manco.

—¡Quiá, no, señor!—rechaza, rápido Valle-Inclán.—No necesito para nada el brazo perdido. Vamos, no lo echo de menos en absoluto. Me valgo con el derecho para todo.

—¿Sin ayuda de nadie?

—Sin auxilio de nadie, escribo, me desnudo, me visto, me lavo, como; en fin, todo, todo lo que usted pueda hacer con las dos manos, lo hago yo con la derecha. Es más; me corto las

uñas, parto la carne, mondo la fruta, me hago los lazos de las corbatas del frac y construyo mueblecitos de papel... Solamente he echado de menos el brazo perdido cuando murió mi pobre hija...

La voz de Valle-Inclán se entristece. Nosotros esperamos, identificados con su dolor, á que continúe.

—Se moría y yo no pude abrazarla como hubiese deseado.

—Entonces, ¿no tiene usted hijos?...

—Sí, me queda la mayorcita, de siete años; pero mi pequeña, que, tanto Josefina como yo la adorábamos, quedó muerta allá en Galicia. ¡Un horror!...

Hubo una pausa; después le preguntamos:

—¿Usted es gallego?...

—Sí, señor; nacido en Puebla del Deán. Todos los años pasamos en aquellas tierras siete u ocho meses. Terminaremos por irnos á vivir allí definitivamente. ¡Aquella quietud, aquella sinceridad! ¡Muy hermosos aquellos lugares!

—¿Allí estudió usted?...

—No, señor. Estudié en Santiago, hasta terminar la carrera de Leyes.

—¿Y empezó usted á escribir?...

Meditó un instante; después exclama:

—Mi mujer se acordará en qué fecha publiqué mi primer libro. Y dirigiéndose á la puerta, inquiere:

—Josefina... Josefina... ¿Recuerdas en qué año dí mi primer libro?

Una voz dulce responde:

—Sí, Ramón: en 1902.

Y á poco entra en el estudio la compañera del poeta.

Recordad, y á todos os será familiar y simpática esta dama menuda y dulce, siempre sonriente y siempre aniñada, que se llama Josefina Blanco. Lejos del teatro, sigue siendo una artista llena de tremuleces y sonrisas. Le hemos ofrecido nuestros respetos y después continuamos dialogando con el poeta:

—¿Tendrá usted gran afición á la literatura?

—No, señor. Ni antes ni ahora. Mi deseo es no escribir. Llenar cuartillas me molesta y sólo recorro á ellas cuando tengo necesidad. Me cuesta mucho trabajo, mucho.

—No lo comprendo. Entonces ¿cómo nació en usted la idea de hacerse literato?...

—No sé. Cuando usted me conoció hace diez y seis años, todavía no se me había ocurrido coger la pluma ni para escribir una carta.

—¿Le parecía á usted difícil?

—Quidá, no, señor; todo lo contrario; me parecía y me parece demasiado fácil. Creo sinceramente que es una de las muchas cosas que no tienen mérito alguno. A mí me llamaba la atención extraordinariamente y me llenaba de asombro lo mal, lo pésimamente que se escribía entonces. Claro que yo tenía un sentido literario, y á mi juicio todas aquellas reputaciones de escritores eran injustas. Había muchos señores que no escribían más que necesidades y se les llamaba «maestros» y «sabios». ¡El delirio!... Y entonces, seguro yo de escribir mejor que se hacía entonces, me lancé á demostrarlo... Durante unos meses que estuve en la cama escribí unas *Memorias*... Nada; por pasar el rato. Yo era amigo de Machado y de Villaespesa, y me acuerdo que cuando fueron á verme se las leí. «Esto se parece á *La Virgen de la Roca*, de D'Annunzio. Es muy hermoso.»—Me dijo Villaespesa.

—Y aquellas *Memorias* ¿qué libro fué después?...

—*Sonata de otoño*... Siguieron animándome los amigos y escribí las otras tres *Sonatas*.

—¿Y cuántos libros tiene usted ya publicados?

—Veinticinco.

—Y de todos ¿cuál le gusta á usted más?

—Me gustan más las *Sonatas*; pero *Romance de lobos* lo creo mejor hecho.

—¿Y le producen á usted mucho?...

—Muy poco; para vivir. Al principio apenas se vendían; ahora algo más, y como yo los edito y administro, sin dejarlos pasar por la serie de cribas tradicionales, me vienen á dejar treinta ó treinta y cinco mil pesetas al año.

—¿Produce usted con facilidad?

—Me cuesta gran trabajo empezar; mas después numero las cuartillas, antes de escribir, en la seguridad de que no desperdicio ninguna... Yo trabajo siempre en la cama... y antes de casarme me acostaba también para comer, y se daba el caso de ponerme malo si comía fuera del lecho. Yo digo que debo de tener alma de senador romano...

—¿Lee usted mucho?

—No. Ahora me hace daño hasta leer.

—¿Cuales son sus más grandes aficiones?

—La pintura, el baile y los toros... La *Imperio*, la *Tórtola* y la *Argentina* me producen una gran emoción estética... Un gran placer artístico. ¡Porque en el buen baile se juntan todas las más bellas cosas! La música, el color, la belleza, el movimiento, el arte, la línea. Yo no voy á ningún teatro sino á ver bailar. Respecto á los toros, me entusiasman: sólo que á mí me parece que el público no entiende una jota de toros, los críticos menos que el público y los toreros menos que el público y los críticos; yo creo que el único que entiende de toros es el toro; porque á lo menos embiste hoy lo mismo que hace cuatro mil años. Toda esa campaña que los escritores cursis han hecho contra las corridas de toros, me parece ridícula. A mi juicio, los toros es la única educación que tenemos aquí. Una fiesta de toros es lo más hermoso que se pudo imaginar. La emoción, el

éramos un país fuerte y ante todo artista. Bueno, pues ahora convertimos todo en materia sentimental y lloramos como mujeres; y un pueblo bien templado, que sabía hacer del dolor avalorios de arte, que se iba á los cementerios de romería, que le gustaban los crímenes, nos lo quieren convertir en un pueblo de llorones... Y esa es la labor que está llevando á cabo esa prensa ridícula, que siempre está con lamentaciones cursis, que se duele de que muera un teniente en la guerra. ¡Hombre! muere un teniente, como si murieran cincuenta. ¿Hay cosa más lógica y natural que un teniente muera en la guerra y un torero en la plaza?...

Calla un momento Valle-Inclán. La luz se ha ido y él, en el centro de la habitación, parece un fantasma.

—Y dígame, amigo Valle. ¿Qué opina usted del teatro contemporáneo en relación con el pasado?

Dudó un momento; después, trezándose la barba con los dedos, exclama:

—Es una pregunta que me deja un poco perplejo; sin embargo, procuraré contestar á ella. Mire usted: Si Lope de Vega viviese hoy, lo más probable es que no fuese autor dramático, sino novelista. ¡Habría que oír al *Fénix* cuando los empresarios le hablasen de las conveniencias de escribir manso y pacato para no asustar á las niñas del abono...! El autor dramático con capacidad y honradez literaria hoy lucha con dificultades insuperables, y la mayor de todas es el mal gusto del público. Fíjese usted que digo el mal gusto y no la incultura. Un público inculto tiene la posibilidad de educarse, y esa es la misión del artista. Pero un público corrompido con el melodrama y la comedia ñoña es cosa perdida. Vea usted el público de la Princesa.

—¿De modo que usted no cree en la labor cultural y artística de Díaz de Mendoza?...

—Creo que no ha hecho lo que debía hacer, lo que podía hacer y lo que acaso desea hacer.

—Y usted ¿á qué lo atribuye?...

—A falta de energía. Díaz de Mendoza es un hombre sin carácter. Amoldó siempre sus gustos á los gustos del público. María hubiera hecho todo lo contrario. ¡Esa sí que es un gran carácter! Pero, claro, ¡ya es muy tarde!... Yo creo que un artista, ante todo, debe tener normas que imponer al público, é imponerlas, y si no hay público, crearlo. Ese es un gran orgullo. Cuando yo escribí mi primer libro, vendí cinco ejemplares. Era todo el público que entonces podía haber para mi literatura. ¡Y por esto no se me ocurrió robar el público hecho— como las escobas del cuento;— el público que otros habían creado y que correspondía á los modos de su arte, ajeno y extraño á mí... El artista debe imponerse al público cuando está seguro de su honradez artística, y si no lo hace así es porque carece de personalidad y de energía.

—Ahora una pregunta... que tal vez le moleste á usted.

—Venga.

—Dicen que tiene usted mal carácter.

—Yo no tengo mal carácter; lo que no me gusta es la vida en común. Soy enemigo de las adulaciones y de ese ridículo intercambio de cortesías hipócritas.

—¿Qué trabajos prepara usted?

—Ahora voy á publicar un libro místico que se llama *La lámpara maravillosa*, y luego tengo que hacer una tragedia para la Xirgu, que se llamará *Pan divino*.

—Creo que en América le han ocurrido á usted muchas aventuras.

—¡Oh, en América! Muchísimas... Verá usted. Una vez...

Y la florida fantasía del maestro corrió hasta desbordarse...

¡Oh, si yo dispusiera de espacio!...

EL CABALLERO AUDAZ



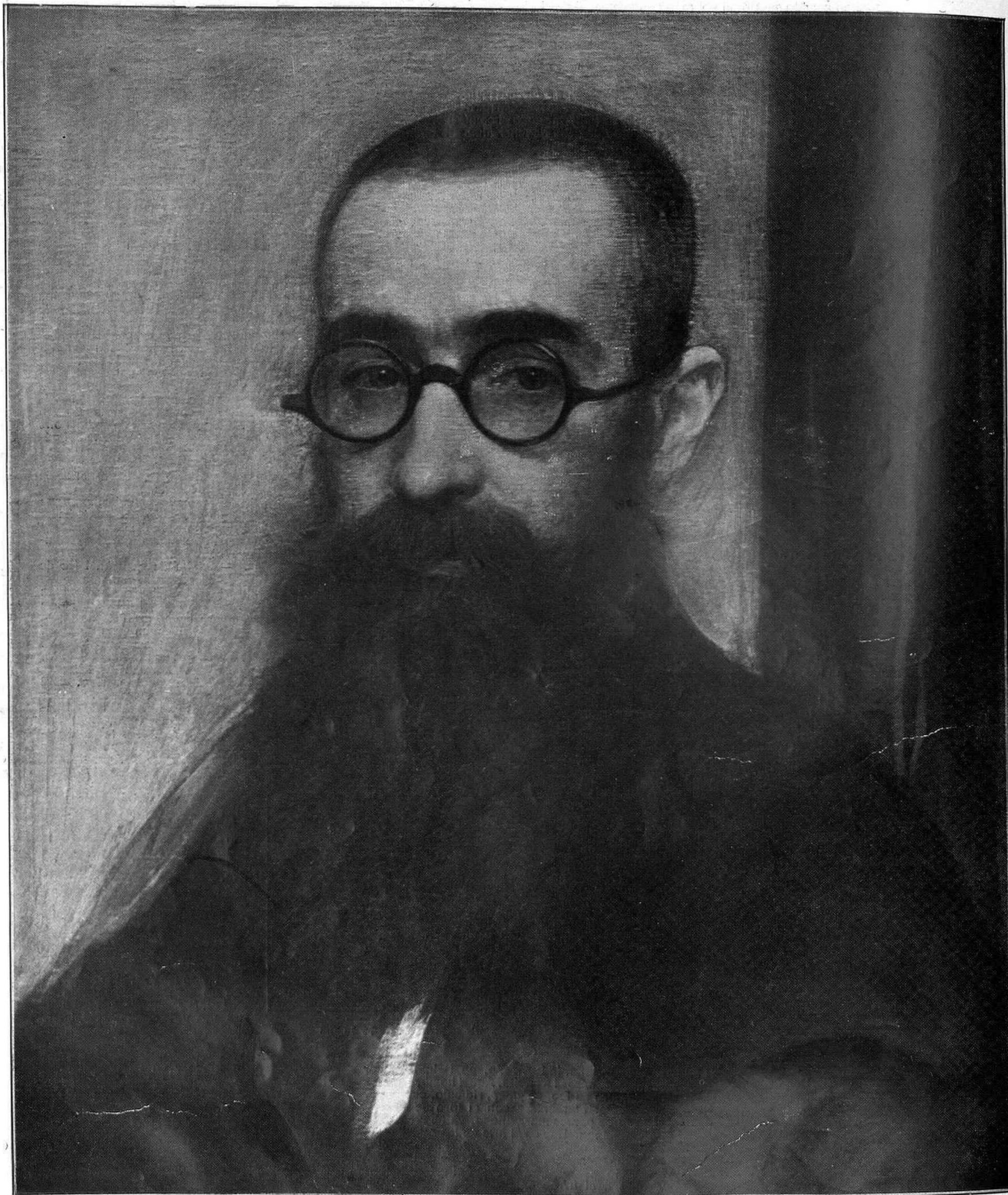
Valle-Inclán con su esposa, la notable actriz Josefina Blanco, y su hija  
FOTS. CAMPÚA

arte, la valentía, la luz... Yo, en Belmonte, por ejemplo, admiro el tránsito. Aquel hombre que lejos del toro es feo, pequeño, ridículo, encogido, sin belleza, al reunirse con el toro se transfigura y nos parece maravilloso, y nos arrastra y nos emociona. Ese es el arte en las corridas de toros. ¿Hay nada más hermoso que ese tránsito, esa transfiguración, esa armonía de contrarios? El pueblo griego—que ha sido el más artista—veía morir al héroe en la tragedia y le amaba más, porque convertía la emoción en materia artística; antes nosotros éramos así; moría un torero en la plaza y continuaba la lidia, porque



LA ESFERA

# HOMBRES ILUSTRES



**D. RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN**

Magnífico retrato del insigne literato, pintado por el laureado artista Anselmo Miguel Nieto



❖ ❖ CIPRESES NOCTURNOS ❖ ❖

Los cipreses silenciosos forman una hilera larga de sombras, bajo la luna, por la carretera blanca... Parece una procesión de encapuchados fantasmas, camino del cementerio, en la noche solitaria.

Los cipreses taciturnos sus largas sombras arrastran, como crespones de duelo flotantes á sus espaldas... Negras banderas que el viento agita, en sus negras astas, así parecen sus sombras negras, en la noche clara...

Los cipreses melancólicos... ¿qué voz misteriosa canta

oculta en la más profunda obscuridad de sus ramas? Se ha detenido el Amor, conmovido, al escucharla... De noche, cada ciprés, tiene un ruiseñor por alma...

Los cipreses fastuosos, bajo la lluvia de plata de los astros, tienen una belleza egregia y fantástica... Diríanse altivos reyes con sus mantos de parada y una corona de estrellas alrededor de sus tiaras.

Cipreses contemplativos, de enigmáticas miradas, ¿qué escrutan en el misterio

de las estrellas lejanas?.. Parecen antiguos sabios, de alguna ciencia de magia... Astrólogos de turbantes y túnicas consteladas.

Los cipreses funerarios, con la pompa de sus ramas, son orgullo de la Muerte, y del camposanto, gala... Negras sombras vigilantes del misterio y de la Nada... Son las lenguas del Silencio. De la Obscuridad las lámparas...

Los cipreses pensativos á cuyas sombras se amparan poetas y enamorados de tristes almas románticas...

Por una extensa avenida de cipreses, va mi alma arrastrando mi pasado: una larga sombra vana...

Los cipreses pensativos, los cipreses melancólicos, los cipreses taciturnos, los cipreses fastuosos; cipreses contemplativos, funerarios, silenciosos...

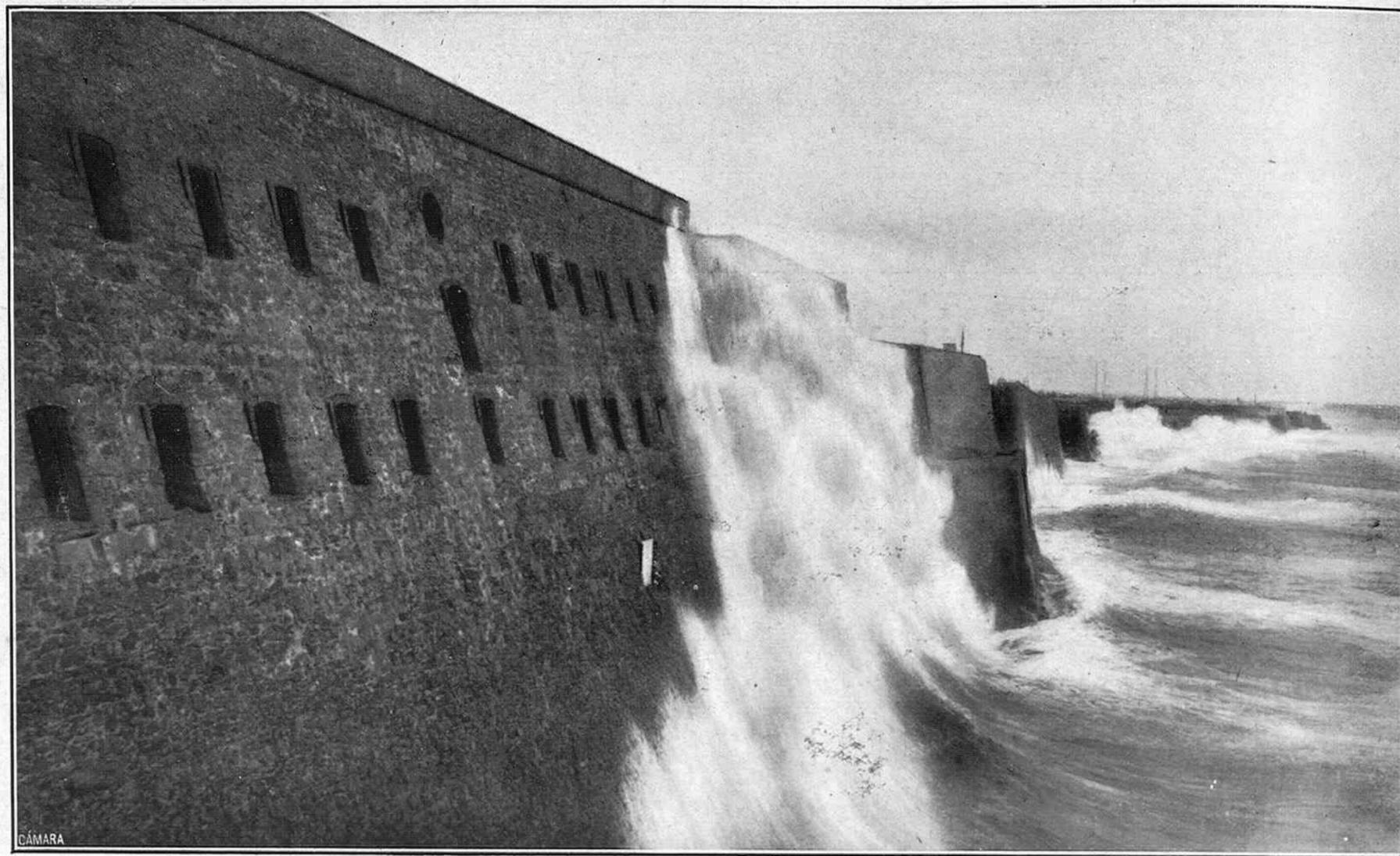
¡Oh, los cipreses nocturnos, bajo la lluvia de plata, van en procesión de sombras por la carretera blanca...

GOY DE SILVA

DIBUJO DE BRAÑEZ

DESDE CÁDIZ

# EL BESO DEL MAR



Las olas rompiendo en las paredes del Cuartel de San Roque

**H**ACE algunas semanas, la noticia de que las murallas gloriosas de Cádiz habían comenzado a hundirse, produjo en España extraordinaria sensación. ¿Cómo?... El rincón fenicio, treinta y cinco veces centenario, elegido por Amílcar para cuartel general de sus tropas; la ciudad que escuchó los pasos de Julio César y sufrió la furia bárbara del conde de Essex; el jardín sagrado donde se juró la Constitución y en el cual, años más tarde, dió Topete un grito á la libertad que se oye todavía, ¿iba á desaparecer?...

Desgraciadamente, sí. Aquella legua de playa de que habla Plinio el joven, se ha hundido; los mármoles del templo á Hércules que levantó allí el paganismo, yacen asimismo bajo el agua. Los días de Cádiz están contados. Vista desde el piélago, la ciudad gaditana parece hundida entre las olas. Cuando la tormenta ruje y el huracán sopla del tercer cuadrante, las espumas de la resaca salpican los edificios, y la península parece vibrar dolorosamente sobre sus cimientos. A Cádiz, azul y tranquila; á Cádiz la blanca, poco á poco el mar la oprime y como á una novia se la come á besos.

El derrumbe ha empezado por la muralla de la Catedral y demás fortificaciones que enfrentan el denominado Campo del Sur. No es esta la primera vez que en tal sitio el Océano le gana una batalla á la costa.

En 1765 los temporales arruinaron un largo lienzo de muralla, llevándose el terraplén y los grandes bloques de cantería que lo aseguraban, y dejando al descubierto los cimientos del templo, construído con imprevisión notoria precisamente en el paraje de la capital más desabrigado y expuesto. Para subvenir tan grave accidente y evitar su repetición, el Cabildo decidió levantar una contramuralla ó falsabruga, de quince metros aproximadamente, de altura, por otros cinco ó seis de espesor. Posteriormente, con objeto de suavizar el empuje de las aguas, dispusieronse delante de los muros unas «playas artificiales»,

que, transcurrido cierto tiempo, también desaparecieron minadas, roídas, día tras día, por el beso verde y aciago del mar. Porque la tierra siempre es la misma, la tierra envejece; mientras el mar, como se renueva perpetuamente, tiene siempre la vehemencia destructora, el ardor fresco y hambriento del primer asalto. La roca se usa, se gasta, se pule, se rompe; la roca representa «la derecha» en la política cósmica; la roca es conservadora. La ola, no; la ola nace para estrellarse; una ola no pelea dos veces; cuando una ola muere otra surge; las olas son el impulso, la movilidad, la juventud; por eso vencen: porque el mañana es de la juventud.

Acompañados del ingeniero jefe de Obras Públicas, D. Enrique Martínez, hemos ido á ver esta nueva y dolorosa victoria del mar. D. Enrique Martínez camina á mi lado: es un vasco inteligente, experto, lleno de fe y de entusiasmos mozos. Avanzamos por el pretil de la falsabruga; el viento, que sopla en ráfagas procelosas, hincha nuestros gabanes y parece agarrarse á nuestras piernas. Abajo, las olas glaucas, ocreas, amarillas, cerúleas, se alejan, vuelven, enarcan el dorso y revientan al fin, espumantes y trágicas, contra las zapatas del bastión. El estremecimiento que su mazazo produce, sube por la muralla y nos llega á los pies. A intervalos, tiembla ante nuestros ojos la mancha ceniza del vértigo.

Tenemos, de consiguiente, la inmensidad del piélago á la espalda, y delante el abismo profundo de doce metros, del terraplén que acaba de hundirse entre la falsabruga y la muralla primitiva, que sirve de cimiento á la Catedral. Cinco mil metros cúbicos de tierra cabrían en el socavón, por momentos más ancho y más hondo.

Cogido del brazo, sujetándonos el uno al otro contra la traición del mareo, Martínez y yo nos inclinamos para ver...

Al frente, formando un tajo aplomo, aparecen los basamentos de la Catedral, y sobre su negrura húmeda, el templo nuevo, alegre, blanco, en la claridad gris de la tarde, como una muela

que tuviese intacta la corona y la raíz podrida. En el fondo del hoyo hay pedruscos ciclópeos, restos de defensas romanas tal vez; y al pie de la cortina de muralla que nos sirve de atalaya, por un enorme boquete abierto en el muro, las olas penetran y salen llevándose la tierra y vuelven á entrar. La sima respira y de su entraña palpitante sube á nosotros un fuerte olor salino; su aliento es cálido; el trágico boquete tiene la expresión latiente de una herida. En su obscuridad, las aguas brillan con el color acerado y cruel de las espadas, y en su afanar son inteligentes como manos y codiciosas como raquetas.

--Para reparar este derrumbamiento y otros no menos trascendentales que examinaremos después—exclama D. Enrique Martínez—son indispensables diez años de trabajo y tres millones y medio de pesetas.

El paisaje es soberbio y los ululeos del ventarrón, el raudal de las nubes y el rugido incansable del mar, le prestan un áspero vigor de drama.

Más allá del caserío, la niebla sutil del crepúsculo y del Océano, emborronan las cosas.

Hemos contorneado el socavón de San Miguel y llegamos á los hundimientos del Matadero. La excursión es peligrosa. El mar, que muere sin descanso las rotas murallas, produce desprendimientos interiores, caídas sigilosas, huecos arcanos donde, de pronto, se desplomará la superficie, segura en apariencias, del suelo. La tierra, por momentos, se resquebraja y demuestra ceder bajo nuestros pies. Hay que retirarse, hay que huir del borde blando de la sima para evitar su deglución mortal. La curiosidad, sin embargo, nos retiene allí: los boquetes del Matadero son cinco y hallanse separados unos de otros por inseguros tabiques de tierra. Pero estos se hundirán pronto y entonces los cinco agujeros formarán uno solo. Entre tanto componen una especie de templo subterráneo, en cuya oscuridad tenebrosa y resonante, se oye el tra-

gín ininterrumpido, ambicioso y disolvente del mar.

Todos estos terrenos pertenecieron antaño al Ministerio de la Guerra; que luego se los donó al de Hacienda, el cual, á su vez, convencido de que no podría obtener utilidad ninguna de ellos, los traspasó al negociado de Obras Públicas.

¿Cómo corregir tan terrible desastre?... Verdaderamente, más fácil sería construir una muralla nueva, que remendar los tres mil metros, desnivelados, desunidos á trozos y plagados de cangrejas, de la antigua. Firme sobre el arriate más allivo y saliente de la batería de San Nicolás, D. Enrique Martínez me enseña los lienzos despedazados, las zapatas rotas, á puñetazos, por el mar, las grietas gigantes, semejantes á relámpagos hechos en la piedra. En los ademanes vehementes, en el hablar fecundo y en las miradas, llenas de entusiasmo, del ilustre ingeniero, yo leo la inquietud que los obstáculos y la gloria de la magna obra encomendada á su dirección, le producen.

Martínez habla de la restinga del Blanco, que hace siglos detenía y quebrantaba notablemente el empuje del mar. Hogaño esta defensa natural ha desaparecido, pues durante mucho tiempo el Ayuntamiento y los propietarios de Cádiz sacaron de ella cuanto piedra necesitaban para sus construcciones, y así llegó momento en que el Océano venció á la restinga y brincando sobre ella la demolió y bloque á bloque la arrastró hacia sus abis-

mos. Desde entonces, las viejas murallas y el mar sostienen un combate cuerpo á cuerpo. Las olas, que tienen un peso medio de veinte toneladas, llevan la mejor parte; en ellas, lo que es impulso de traslación al tropezar con un obstáculo se convierte en fuerza agresiva, y la porfía de sus golpes quebranta el granito. Ya las zapatas ce-

ondas voraces se aproximan; de pronto, al pie del reducto, se detienen, retroceden un poco, se hinchan y cargan de nuevo. Oímos el golpe. La masa líquida, al estrellarse, se deshace en espumas que, por su blancura y su forma, parece la humareda de un cañonazo. La muralla gime; el agua que moja su cantería parece sangre.

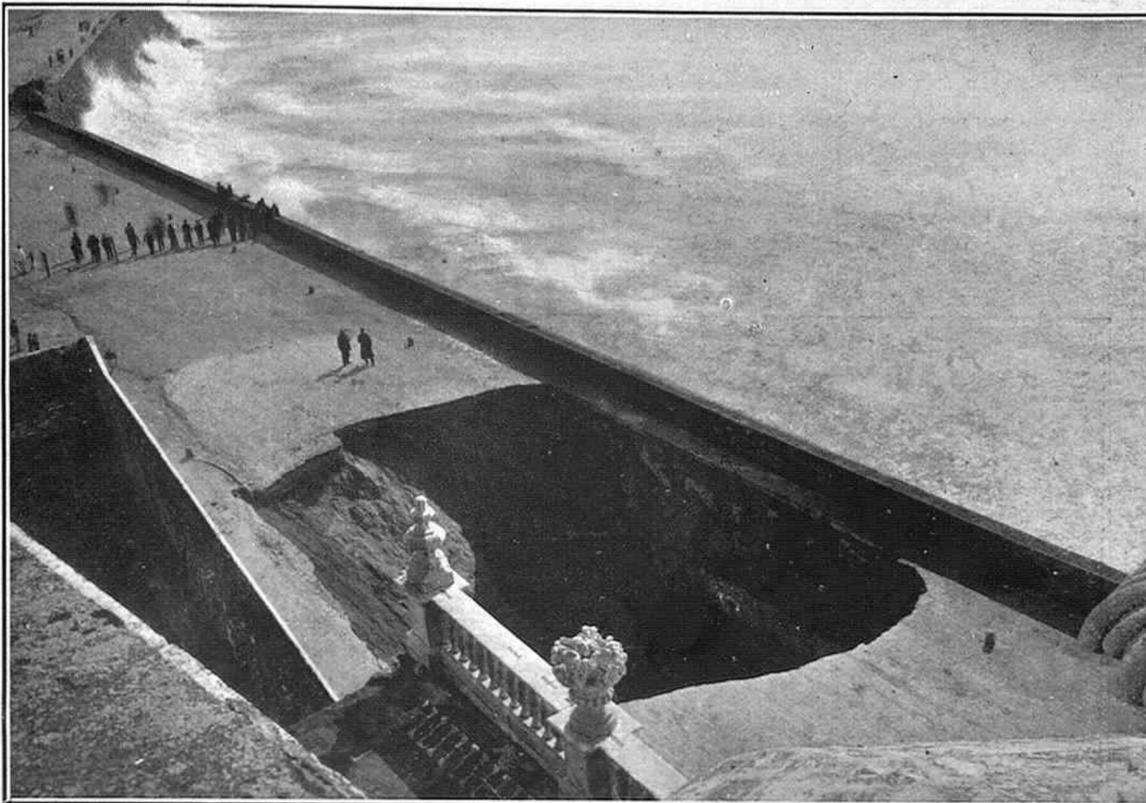
A lo lejos, sobre el castillo de San Sebastián que defiende La Caleta, se ilumina el faro, luz magnífica que en los días de tormenta tiene la intensidad de diez millones de bujías.

El cielo se oscurece por instantes y el mar, aplomado hasta entonces, se mancha de violeta. El sol, escondido tras una densa franja de nubes, tiene una agonía dolorosa y magnífica. Un buque rompe el horizonte. Deregreso al Hotel Victoria, donde me hospedo, he leído varios diarios locales que publican noticias desgarradoras de la terrible miseria que asuela la provincia. No hay pan. Los hombres, hambrientos, piden trabajo...

La impresión de los socavones de la muralla, ha vuelto á mi memoria. En esa obra de diez años que costará al Estado tres millones y medio de pesetas, millares de obreros tendrán ocupación. El hundimiento llegó á tiempo; hay desgracias oportunas. Esos hoyos son tan hondos, tan grandes, que el hambre de Cádiz puede enterrarse en ellos.

EDUARDO ZAMACOIS

Cádiz, Febrero, 1915.



Socavón hecho por las olas en las murallas de la Catedral

dieron; ya los bastiones más audaces se desplomaron; ya toda la orgullosa fábrica parece arrastrarse, como un gladiador que hubiese recibido veinte heridas mortales. Largo rato observamos el duelo de la costa y del mar. Las

hoyos son tan hondos, tan grandes, que el hambre de Cádiz puede enterrarse en ellos.



Hundimientos causados por el temporal en la muralla y en la batería de San Nicolás



## CUENTOS ESPAÑOLES

# AL SON DE LA GUITARRA

**R**EALMENTE, á mí no me toca nada en ese asunto, y, sin embargo, ¡me entró una murría de ver lo que ví!...

Compañero: ¿no se te ha muerto nunca una novia? La que tú más querías, la que había de ser madre de tus hijos. Aquella que rezaba cuando tú ibas á examinarte á la Universidad. Al fin lograste el título académico. Amparo, Fuensanta ó Carmen, no pudo salir á la reja y darte un beso por el triunfo. Cayó mala y se murió. Fué entonces cuando tú andabas por las calles como un perro vagabundo, y hablabas tonterías, y todos creíamos que acabarías en una casa de salud.

Mucho más triste es lo que ví, y eso que sonaban las guitarras, y la manzanilla de oro coronábase de burbujas como brillantes.

Pasé por la puerta del reservado en el momento que salía un camarero. Me reconoció alguien desde el interior y me llamaron varias veces. Entré.

—¿Con quién estás?

—Solo.

—¡Qué bobada! Quédate á cenar con nosotros.

Acaeció esto en un colmado flamenco y rumboso, es decir, aristocrático. Manifestó su fantasía el dueño del *restaurant*, improvisando unas tramoñas teatrales en los cuartos. Aquél intentaba evocar Sevilla, con sus templos, reproduciendo paisajes béticos, con sus silletas de palo, con una baranda de ladrillo y un toldo de azotea, que suavizaba la crudeza de las lámparas, á falta del sol. En realidad nos encontramos en un sótano que olía al mosto reseco en la tarima, á los perfumes acostumbrados entre las mujeres de placer; y que enfriaba con su humedad.

En torno á la mesa, todavía desguarnecida de manjares y sobre la que acababan de extender el mantel casi mojado, se hallaban unos cuantos muchachos de los que gozan fama de ricos y alegres. Automovilistas, amigos del *Gallo*, madrileños, madrileñizantes aficionados á la juerga andaluza; pero vestidos y peinados como los ingleses más pulcros. Gente de buen humor, que se aburría de lo lindo.

—Anda, no te hagas de rogar.

—Con mucho gusto.

Me senté allí, y los señoritos reanudaron la interrumpida conversación. Platicaban de un camarada ausente que no tardaría en llegar con Araceli de las Heras. Me pareció que no entendí bien y pregunté á mi vecino.

—¿Ha dicho Araceli de las Heras?

—Pero ¿no lo sabía usted? Verdad que la cosa se ha llevado en secreto hasta ahora. Al fin se lanzó Araceli, y la sostiene el marqués de Fuente de Plata. Esta noche... á Araceli en nuestra comunidad.

¡Al fin!... Yo seguía sin comprender. Araceli de las Heras nunca dió motivos para que sospechásemos que terminaría en el profesionalismo de la belleza. Era una provincianita que se presentó en la corte, cuando acababa de heredar una gran fortuna. Todos los muchachos elegan-

tes le *hicieron el oso*. Araceli vivía con un tío suyo, político, senador. Los trajes venían de París y su hermosura de la antigua Grecia, ó también de París, del museo del Louvre. Semejaba Araceli una cuidada reproducción, una copia empuñada de la Venus célebre. Y á la de carne no le faltaban los brazos, y gustaba de exhibirlos en su palco del Real. Tampoco la voz, fresca y mate...

Tampoco el alma. Araceli tenía predilección

cardenales, generales y damas de una belleza inmortal. Compararíamos la provincianita, á una rosa que brotó en la última rama de uno de esos árboles genealógicos que nacen, en las ejecutorias, del corazón de un guerrero yacente en gótico sepulcro. Más que el sello heráldico que afligianaba el lacre de las cartas, manifestaba el linaje de Araceli la altivez suya. Al cabo del tiempo, todos nos hallábamos enamorados de Araceli, y la oportunidad de su orgullo, nun-



por los artistas, y compraba libros, y no podía soportar á los tontos. Gracias á la costumbre suya de visitar el Prado, vieron nuestra galería nacional la mayoría de los Tenorios madrileños. En sus habitaciones revelábase su espíritu, en la armonía del decorado. Adaptaba las modas á su personalidad. Menuda y de clásicas morbideces, no aceptó los sombreros tan amplios y ajustábase las vestiduras. Como aquella chicuela que se presentó á un empresario parisiense, merecía la crítica despectiva, que era un elogio: —Usted no está aún para modelo vestido, ¡y qué lástima que la policía no consienta la desnudez de las actrices!

Los ojos de Araceli casi igualaban la visionaria ceguera del mármol del Louvre, de claros y serenos que eran. Mirada de rayo de luna. Fantástica estela que paralizaba el ímpetu varonil. Y recordaba más el fulgor lunático, cuanto que aquellos ojos irradiaban su pureza al amparo de unas crenchas renegridas, con un brillo de nocturno.

Descendía Araceli de una estirpe gloriosa en

ca enfadoso, nos obligó á convertir la pasión carnal en un sueño immaculado. Por parecerse en todo á la piedra sublime del Louvre, hasta era un imposible aquella mujer.

Por una de esas paradojas y contrasentidos que sólo tienen la luz y las mujeres —la luz que se quiebra al sumergirse en la transparencia del agua,— Araceli se casó de pronto con uno de los dos galanes que pasaban por ser los más guapos de Madrid. Un Hércules con pomada y la barba florida. Hermoso bruto, comparable á los caballos de las ferias del Guadalquivir.

Los novios trasladaron definitivamente su residencia á París...

En este punto de mis reflexiones, hirió mis oídos y me estremeció, la voz fresca y mate, la inconfundible voz de Araceli. Sonó después una carcajada. Aquella risa que todos ensalzamos, entre suspiros y rípios, en las hojas de un album. El cuaderno ya rumoreaba al fin, como las caracolas.

Se recortó en la puerta la copia de la Venus, y llegaba envuelta su fragilidad en un abrigo de

nutria... Detrás sobresalía la arrogancia del marqués, un caballero de barbas sedenas y afilada nariz, rubio, como los que retrataba el Tiziano...

A pesar de que esperábamos á la pareja, la recibimos con un silencio enorme. Araceli sonreía con una mueca. Entró y fué á sentarse en un ángulo. Su acompañante saludaba á unos y otros, multiplicábase con objeto de reanimarnos. Quién más, quién menos, nadie se libró de soltar una majadería. Y otra vez el mutismo terrible, anonadador.

En esto se presentó el camarero, digno de la Venta Eritaña, con su americana blanca, sus tufos y con las botellas de vino flamenco y las bandejitas de pescado frito. Hundió un frasco entre sus piernas, y se oyó el barrenar del sacacorchos, y al último, y con un quejido, salió el tapón. El borboteo del vino en los vasos. La primera ronda. No nos atrevíamos á ofrecerle un *chato* á Araceli. El marqués subsanó nuestra descortesía. Araceli se llevó el vidrio á la boca..., y sin beber lo depositó en la mesa... Quería quitarse el abrigo, sofocábala un calor infernal...

Aquel silencio extraño adquirió de repente un sentido, á la vista de Araceli con la blusa descotada, y que transparentaba el color rosa de la camisa. El deseo produjo como un murmullo, como un vaho. Deslumbaban la desnudez del cuello y la henchida lisura del pecho, placa de mármol en que grabar versos de Ovidio. Respiraba Araceli anhelosamente y los lóbulos de sus

dó sin voz. Otro contrasentido de esta mujer. Yo esperaba encontrarla más altiva que nunca, trocado su orgullo en un soberano impudor. Estatuva siempre, y por tanto, insensible á la inquietud de las muchedumbres. Y hela aquí acongojada, temerosa, encogida. Alrededor suyo iba levantándose la charla y, poco á poco, fingíamos olvidarnos de la infeliz.

Yo no me olvidaba. Quise inducir las causas de su caída. ¿Fué amor? ¿Fué vicio? Juraría que fué la necesidad. Un dato. A través de todas las modas, Araceli no se desposeía jamás de un anillo con un camafeo. No lo lucía aquella noche. Sus joyas actuales delataban la adquisición reciente. Creo que alguna vez oí algo de la ruina de Araceli. No estoy seguro. Me dijeron, si no lo soñé, que su marido se marchó á Buenos Aires. Sea lo que fuere. Me aventuré á reconstruir el drama. Acepté la ruina, luego la separación conyugal y por remate el convenio con el marqués de Fuente de Plata. Sin duda Araceli se consideró incapaz de trabajar y tuvo miedo á matarse. Asustábanla la miseria y la muerte. Muy humano, aunque nos despertara de un sueño, de un ensueño. Pero ¿cómo se avino á regresar á Madrid, más aun, á mezclarse en los corros inevitablemente tabernarios de unos juerquistas?

Varios de aquellos hombres pretendieron casarse con Araceli, á su tiempo. La mayoría ni siquiera fueron escuchados, y alguno intentó en vano que Araceli lo recibiese en su tertulia. La sabrosa noticia de sus irregularidades, no tar-

ma cuyos menores deseos procuraban adivinar en otra época.

El vino fué envalentonando á los camaradas. Uno lanzó una palabrota como un fustazo. Araceli se ruborizó y quiso protestar, mas se detuvo ante la indiferencia de los demás.

Comenzó á sonar en un cuarto próximo una guitarra. Al principio se adivinaba el murmullo y dudábase si era una nostalgia que por un milagro rompiese á sollozar en nuestro corazón. Después se oían la prima plañidera y el bordón con sus filosofías de abuelo borracho. ¿Qué diría la guitarra á aquella mujer y qué le diría para ensimismarla tan profundamente?

El guitarrero cosquilleaba en la epidermis de los señoritos flamencos, y con especialidad encalabrínó al de los vocablos cíulos y contundentes. Y era uno de los que no consiguió ser admitido nunca en la casa de Araceli. Estaba muy colorado y ya traía por adelantado la embriaguez. Se volvió á mirar con descaro á la desdichada. Acaso antojábasele más apetitosa que antes. Los veinticinco años de Araceli ampliaban el ritmo de su hermosura. Dijo el retador:

—¿Por qué no bebes?

El tuteo inesperado sofocó á Araceli y su cara amenazaba con estallar.

Sin que advirtiese la turbación y la cólera de la mujer, adelantó su brazo en la mesa el importuno, y cortando la plática de sus compinches, preguntó al marqués:

—Oye, ¿has bautizado ya á... Araceli? Propongo que se llame la Sultana. ¿Se aprueba?

A un tiempo se levantaron Araceli y el marqués. ¿Qué iba á pasar?

Inundó el reservado un acento bronco que conservaba como el eco de una desvanecida armonía. Alguien habíase echado á cantar al lado de la guitarra. Se repitió el aullido lastimero, como si doblase una campana con una grieta. No se entendía bien; pero sonaba la voz con una melancolía tremenda, ajena á la música.

El borracho no se dio cuenta tampoco de la actitud de Araceli y del marqués.

—Ese es Chacón—dijo —¡Ya no puede con los años!

Araceli se había desplomado en la silla, y principió á llorar, y las lágrimas gruesas y vítreas resbalaban por su rostro maravilloso.

Yo sentí una alegría frenética, pensando que Araceli se sublevaba, que rompería la diabólica telaraña y optaba por su libertad.

El marqués se acercó á su amante y le interrogó:

—¿Qué tienes? No llores, te suplico que no llores.

No respondía Araceli. Todos permanecíamos callados y conmovidos tal vez.

—¿Quiéres que nos vayamos?—insinuó Fuente de Plata.

La quejumbrosa voz, después de los suspiros preliminares, atacó el primer verso de la copla:

«Este querer de musotros...»

Entre hipoes, exclamó Araceli:

—No... No nos vayamos... Perdona... Es... la

guitarra. Chacón... eso... Me impresiona mucho...

Mintió... capitulaba. Se ha muerto. Peor. Ya ni siquiera nos queda el recurso de olvidar el cadáver y venerar su alma. Porque lo que todavía subsiste de Araceli, es su cadáver.

FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ

DIBUJOS DE MANCHÓN



orejas enrojecieron hasta confundírseles con geranios, y tenían la misma ténue vellosidad. Sus ojos y sus dientes rebrillaban con una especie de fiebre del resplandor. Sus manos estaban torpes. Araceli se dedicó á ordenar las sornijas. Daba la impresión de que había más lámparas en aquel subterráneo, que soñaba con parcerse á una azotea sobre el Guadalquivir. ¡Pobre Araceli! Se ruborizaba, sufría, se que-

daría en circular por los salones y las empingorotadas madamas vengarían los ultrajes de ayer. Hasta las burguesitas, que antes mendigaban una sonrisa, desdeñaríanla horrorizadas. Y á todo esto, Araceli se acobardaba, se declaraba vencida, y diríase que imploraba compasión.

Por de pronto, el cónclave de caballeros de la sociedad y algunos con título, no se consideraban en falta por no atender á una mujer, la mis-





EL KRONPRINZ



EL PRÍNCIPE OSCAR DE PRUSIA

## LOS PRÍNCIPES ALEMANES EN LA GUERRA

ESTA mujer alemana habla en su carta como las hadas de los cuentos que leíamos siendo niños: «... ¡Oh, nuestro odiado Kronprinz! Le queremos más mientras más le escarnecen nuestros enemigos. De todos los agravios que se infieren á Alemania, de todas las injurias que se le dirigen, de todas las caricaturas en que se le ofende, nada nos duele tanto como las afrentas á nuestro Príncipe. Nos habíamos acostumbrado á ver en este muchacho, ágil y esbelto, un admirable aprendiz de rey. No es fácil el oficio, sobre todo en las monarquías donde los reyes sirven para algo. Fué estudiante en la Universidad; luego fué soldado entre la oficialidad de un cuartel. Todo alemán debe ser estudiante y soldado, porque el alma alemana no conoce más senderos en la vida que *saber* y *poder*, las únicas palabras que hacen verbo nuestra inteligencia y nuestra voluntad; no basta *pensar* ni basta *querer*, que son los verbos de otras razas. Así todo alemán es buen estudiante y buen soldado, pero el Kronprinz parecía encarnarlos y representarlos á todos juntos. Sus camaradas del aula y del cuartel, al verle de cerca, al tratarle íntimamente, al observar con qué no fingida presteza se despojaba de su dignidad real ante el profesor y ante el coronel, para ser alumno y ser oficial, como todos sus compañeros, al conocer la firmeza de su carácter, la claridad de su pensamiento, la modestia de sus palabras, la gallardía de sus gestos, la alegría de su espíritu, la severidad de sus costumbres, se decían: «Es como su abuelo Federico...» «Es como su bisabuelo Guillermo...» «Es como Federico el Grande...» «Ganará las bata-

llas y colmará las Ciencias y las Artes...» Y es que este muchacho es la más viva encarnación del genio de Alemania.

Casó luego y su hogar, donde cada año la bendición del cielo envía un chiquillo, fué un modelo de hogares alemanes. Y estalla la guerra y le vemos ir con las primeras tropas y soportar las amarguras y correr los riesgos... Ya no es el estudiante ni el oficial; es general que manda, que dirige. Pone en peligro algo más que su vida. Si le derrotaran, si su impericia ó su mala estrella le llevara á un desastre, aunque fuese parcial, aunque no comprometiera la totalidad del ejército ni prejuzgara el final de la guerra, no podría llegar á ceñir la corona. Alemania, aun vencida, no consentiría á un monarca derrotado. Pero tampoco lo consentiría, si no hubiese ido á buscar la victoria al frente de sus tropas, en franca camaradería con los que fueron estudiantes con él y como él, con los que fueron soldados con él y como él. ¿No llamáis á eso democracia en vuestras tierras latinas?

Las mujeres alemanas no lloramos las desdichas que la guerra nos trae, porque el dolor alcanza también á las alturas á donde podríamos alzar nuestros ojos lacrimantes ó airados. También el Palacio Imperial es un hogar de donde los hombres han partido para la guerra. También allí se reza, se llora y se teme. También allí hay niños que preguntan cada mañana cuándo vuelve el padre que hace muchos días no le besa.

¿Conocéis el idilio interrumpido del príncipe Oscar? Es uno de los hijos del Emperador que han marchado á la guerra. Hace poco más de un año ofreció á Berlín



EL GRAN DUQUE JUAN DE PLESS

el hermoso espectáculo de un matrimonio por amor; de un matrimonio morganático. Se enamoró como un estudiante, como un burgués, y afrontó la lucha con el protocolo, con la etiqueta, con el formidable ejército de las preocupaciones. Se le vió caminar hacia el altar como un gran vencedor y á su lado, la espiritual condesa Ina, parecía suplicarnos á las berlinesas que la perdonásemos por haber conquistado aquel gran corazón.



ADOLFO II  
Príncipe de Schaumburg-Lippe

Y he aquí que al llegar la hora trágica, Oscar también, como su padre, como todos sus hermanos, salta de su lecho, ahuyenta de su lado la felicidad, requiere la espada y parte. Y ya veis, tan gran lucha para conquistar aquella mujer y tan presta diligencia para dejarla y correr el riesgo de no volver á verla. Me parece que hay también en esto un poquitín de democracia, porque ó yo no entiendo el significado de las palabras, ó democracia quiere decir que cada ciudadano alcanzará amplia plenitud de derechos, á cambio de que sienta con todo rigor y obedezca el mandato de sus deberes.

Oh, ¡qué implacable la adversidad con la casa ducal de Pless! Los dos hermanos Juan y Luis Carlos, casi niños todavía, corren á la guerra como todos los príncipes de nuestra Confederación, y los dos han muerto,

uno en el Marne, otro en la región de Iser. En Pless queda el viejo príncipe, que estuvo en filas durante toda la guerra de 1870, y que ha dado sus hijos á la patria como cualquier ciudadano... No; con mayor esfuerzo aun, con mayor desinterés, porque en los hogares humildes todavía están los muchachos de diez y ocho años, y los de diez y siete, y los de diez y seis, y el pobre gran duque Juan cumplía quince años el 2 de Febrero. Todavía no obscurecía el bozo su labio.

Un príncipe de Lippe también ha muerto... Otros han sido heridos... ¡Y la guerra no ha acabado aún! ¿Quién sabe todavía qué altas rocas balirán olas de dolor en este desatado oceano? Cada día vemos en nuestras ciudades á la Emperatriz y las lindas mujercitas de todos estos príncipes, recorrer los hospitales donde están los heridos, los asilos donde se van recluyendo las viudas más pobres, los huérfanos más desamparados... En el fondo de sus ojos se confiesa disimuladamente una honda pena; en sus labios, que sonríen forzosamente, se delata una angustia: la de las noches en que la inquietud atiza el insomnio. Cada telegrama que llega puede traer la temida noticia; cada palatino que se acerca puede pronunciar las tremendas palabras, tan breves, tan simples: «¡ha muerto!...» Como Juan, como Luis Carlos, como Adolfo, príncipes de Pless y de Lippe, como todos los demás, como todos los soldados, como cualquier catedrático, ó cualquier ingeniero ó cualquier destripaterrones... Oh; ¿pero no es esto la suprema democracia, la del dolor y la muerte, que á todos los corazones de mujer nos oprime con las mismas garras?



LUIS CARLOS  
Príncipe duque de Pless

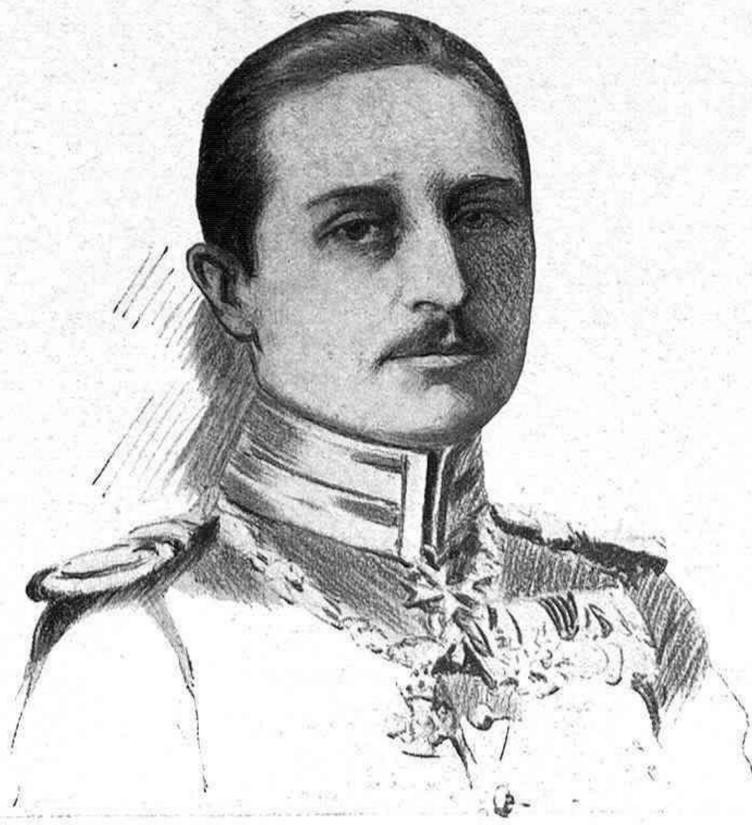
¿Qué diremos nosotras, mujeres alemanas, las aristócratas, las burguesas, las obreras, á estas mujeres de sangre real, que paladean nuestra misma amargura? Yo, os diría que todas las alemanas estamos poseídas de un único remordimiento: las que han sido madres, el de no haber dado más hijos á la patria; las que no han conocido el amor, el de no ser varones para correr á las trincheras... Esto parecerá bárbaro, será cruel, pero es hermoso...!

Parecería ridículo que en estas lejanías de tiempo yo recordara á las mujeres espartanas para presentarme tal como somos las mujeres alemanas.

No, no es lo mismo. Y además, nuestra conformidad, nuestra resignación, nuestro dolor de no ser más fuertes, de no poder ofrecer á la patria mayores sacrificios, no tiene ningún mérito, porque todo ello es para nosotros como una fe que profesamos y sentimos sin saber cómo ni por qué. Pero olvido que escribo á una española; porque, ¿de qué podrá admirarse una mujer española? No quiero recordar vetusteces históricas; no hay para qué hablar de Numancia y de Sagunto, ni siquiera evocar la memoria de tantas mujeres admirables que honran los anales hispanos. Basta acordarse de que, sin perturbar al mundo, sin brillo y sin estrépito, la pobre España apenas ha tenido hora de paz en todo el siglo XIX y en el actual; en su propio solar, en sus colonias, en Marruecos... ¡Y las madres y las esposas han tenido toda resignación!...

Estas palabras, acaso con un poco menos de literatura, seguramente con mucho más sentimiento, han sido escritas por una joven alemana á una joven española. Esta joven, que si no es linda es espiritual, á juzgar por la deliciosa carta que me envía, me invita á que recoja el espíritu de esta mujer alemana, en una crónica para que la lean las mujeres españolas. Yo prefero traducir á comentar y me limito á parodiar una frase de esa carta, diciendo á la joven española: «Señorita, esa carta no prueba más sino que tan difícil como el oficio de rey, es el oficio de mujer, sobre todo en las razas donde la mujer sirve para algo.»

DIONISIO PEREZ



EL PRINCIPE AUGUSTO GUILLERMO DE PRUSIA

BIBLIOTECA  
MARRUECOS

# LA GUERRA NOCTURNA EN LAS TRINCHERAS

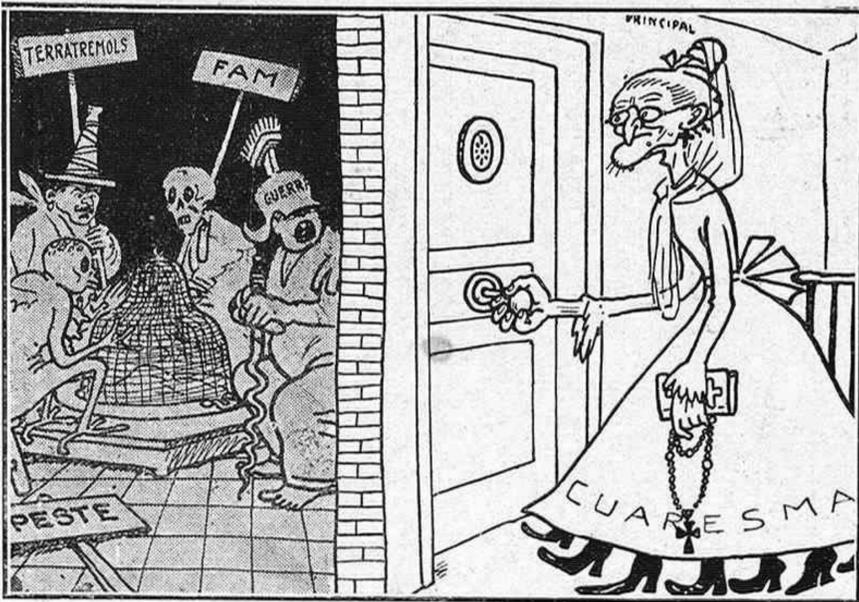


SOLDADOS DE INGENIEROS INGLESSES COLOCANDO UNA ALAMBRADA, DESCUBIERTOS POR LA EXPLOSIÓN DE UN COHETE DE MAGNESIO LANZADO POR LOS ALEMANES

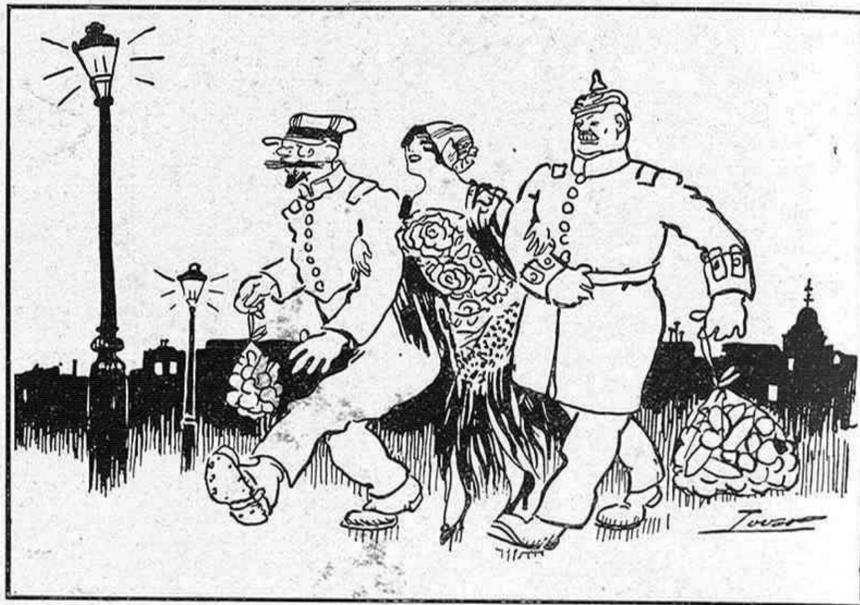
DIBUJO DE MATANIA

BIENHECHOS  
EXHIBITON  
MAGNAN

# LA CARICATURA ESPAÑOLA Y LA GUERRA



EN CASA DE EUROPA.—¿Quién es?—Servidora.—Ya somos muchos  
(De L'Esquella de la Torratxa.—Barcelona)



CARNIVAL INTERNACIONAL  
España.—Entre unos y otros, veremos cómo salimos del balle

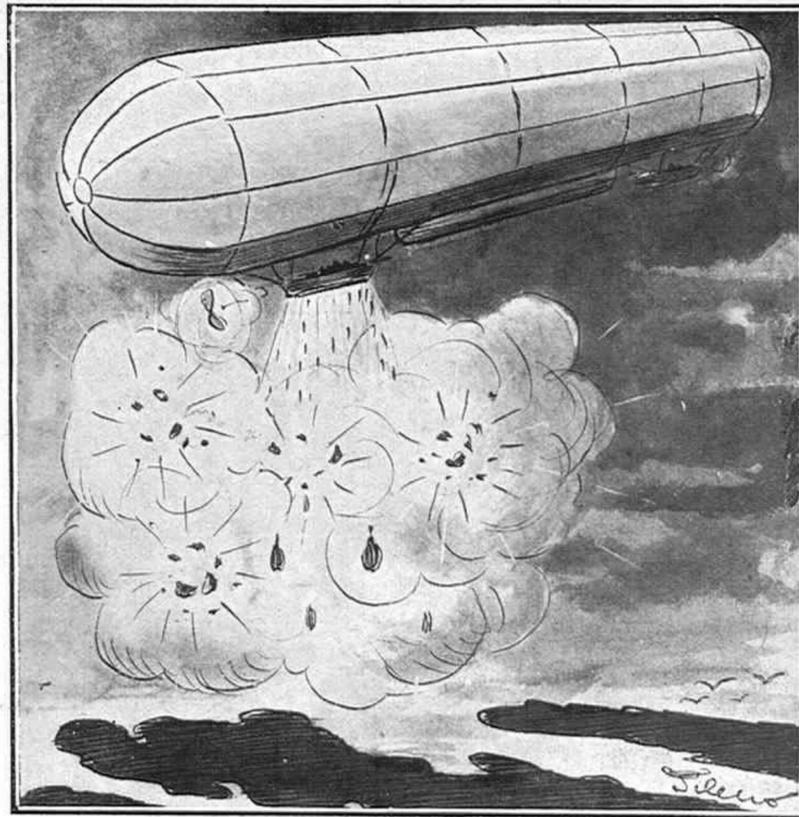
EN artículos anteriores hemos comentado el humorismo internacional reproduciendo caricaturas extranjeras referentes a la guerra europea. Veamos ahora cómo los caricaturistas españoles reflejan los mismos episodios bélicos ó cancillerescos, según sus simpatías personales... ó según las imposiciones de los respectivos directores.

Es tanto más interesante esta revista de dibujos satíricos cuanto que son como la verdadera opinión de España, partida como el rubí poético, en dos, y no por gala, sino por incomprensible parcialidad de ciertos elementos. (Ya comprenderán ustedes que yo pertenezco á los otros, naturalmente.)

Hemos convenido en una neutralidad oficial. Nada tan beneficioso como ella; nada tan rico de promesas y futuras bienandanzas; nada tan cómodo también. Por una vez Sancho ha pasado delante de Don Quijote.

Pero Don Quijote no se resigna y, á espaldas de Sancho, vocifera, sueña con revivir las soñadas locuras y se imagina que sus armas mohosas pueden aún llegar á corazones enemigos ó impedir que enemigas armas lleguen al nuestro.

Ni un solo instante el sanchopancismo oficial nos ha dominado el pensamiento, ni la palabra, ni los actos—que es peor—quijotiles. Neutralidad en la Gaceta, en los Consejos de Ministros,



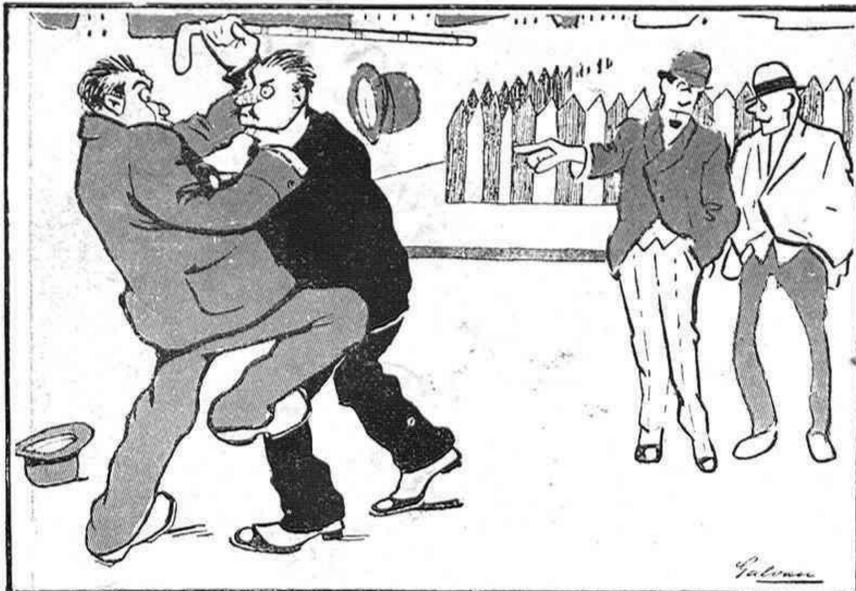
¡LA GRAN PIÑATA DE ESTE AÑO!  
(De Gedeón, Madrid)

en las notas diplomáticas. Nada más. Al resto de los españoles les importa bien poco este lógico respeto á unos y á otros de los empeñados en una lucha terrible é inacabable.

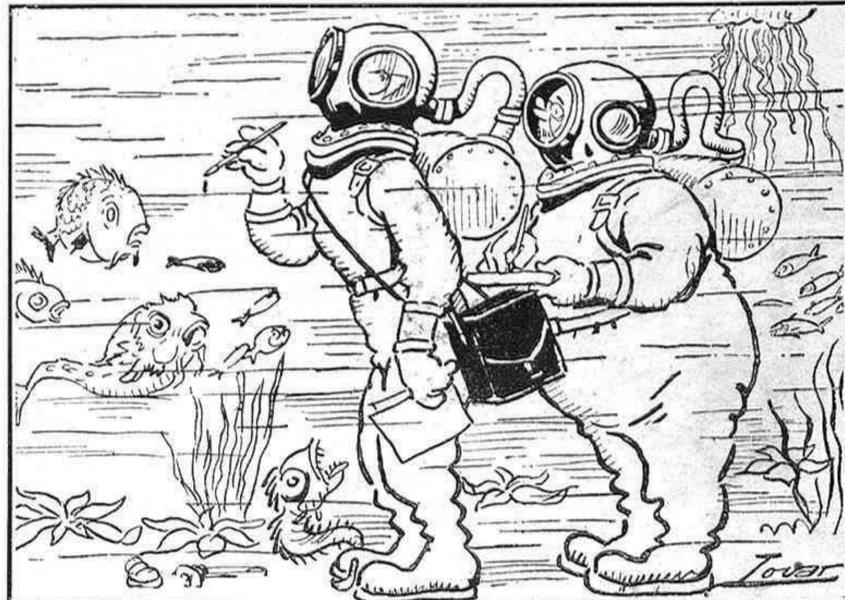
Estamos divididos en germanófilos y francófilos. Los indiferentes son una minoría sin importancia.

La división de opiniones se manifiesta clara y elocuente en los semanarios de caricaturas. Mientras unos atacan agresivos á Francia, otros la defienden y se revuelven contra Alemania. Podríamos, incluso, hacer una segunda división: semanarios madrileños y semanarios barceloneses. Los madrileños son casi todos germanófilos; los barceloneses casi todos francófilos. Hay excepciones, naturalmente. En Madrid, España; en Barcelona, ¡Pum! y Don Maurício; pero en Madrid predominan los decididos defensores de Alemania, como El Mentidero, Sancho Panza, El Fusil... é incluso Gedeón, aunque éste pretenda disimularlo algo. En Barcelona L'Esquella de la Torratxa, y La Campana de Gracia y Papitu van al frente de una decidida y entusiasta defensa de Francia.

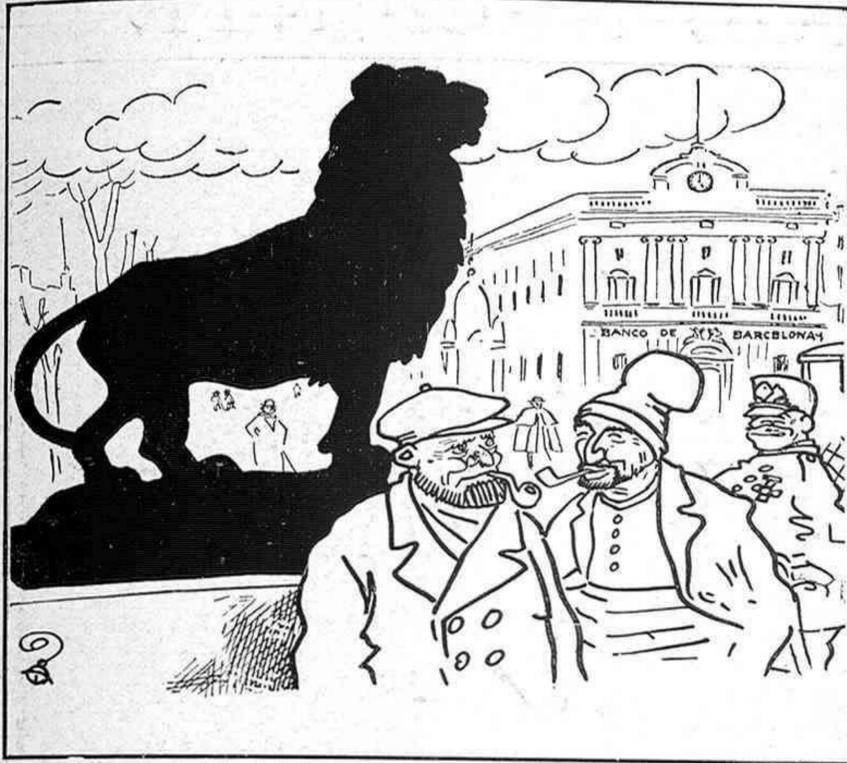
También algunos periódicos diarios publican de cuando en cuando caricaturas. Limitándonos á Madrid, veremos que El Liberal y España Nueva no ocultan su odio á Alemania, mientras que el Heraldo de Madrid y El Imparcial son de un tibio germanis-



—¿Ves ese par de cernicalos? Se fueron tranquilamente á los toros cuando perdimos Santiago de Cuba, y ahora quieren matarse por si la pobre Bélgica ha sido ó no violada  
(De Sancho Panza, Madrid)

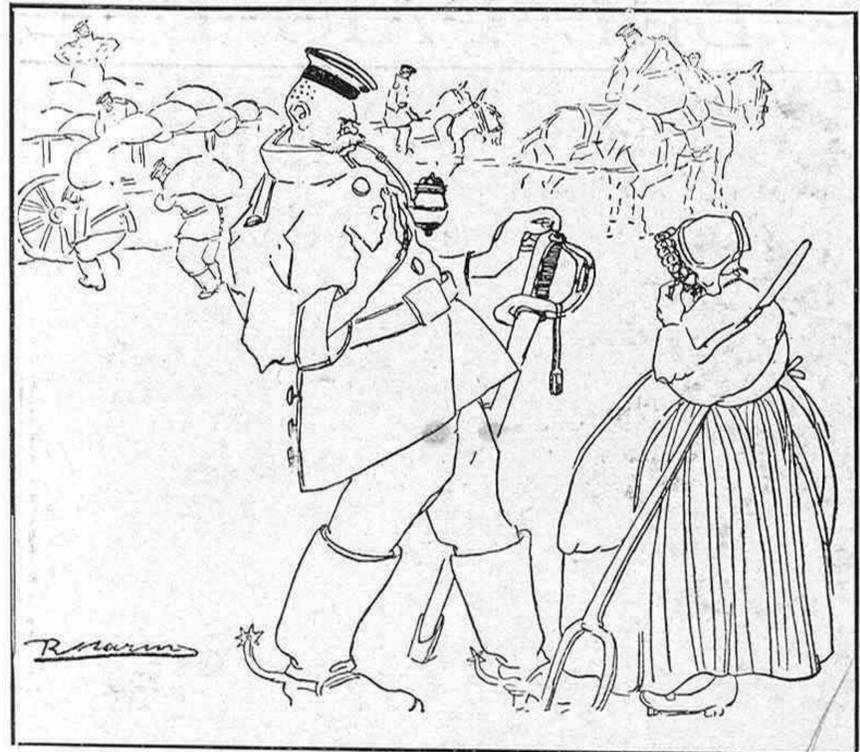


EN EL BLOQUEO DE INGLATERRA  
Cómo tendrán que hacer los corresponsales de guerra el servicio de información  
(De Heraldo de Madrid)



COMENTARIOS

— Si esto se llama la Puerta de la Paz, cuando acabe la guerra pasarán por ella los bárbaros.  
— ¡Oh! En cuanto sepan que está aquí el Banco de Barcelona, seguramente pasan.  
(De La Campana de Gracia, Barcelona)



CUESTIONES DE INTENDENCIA

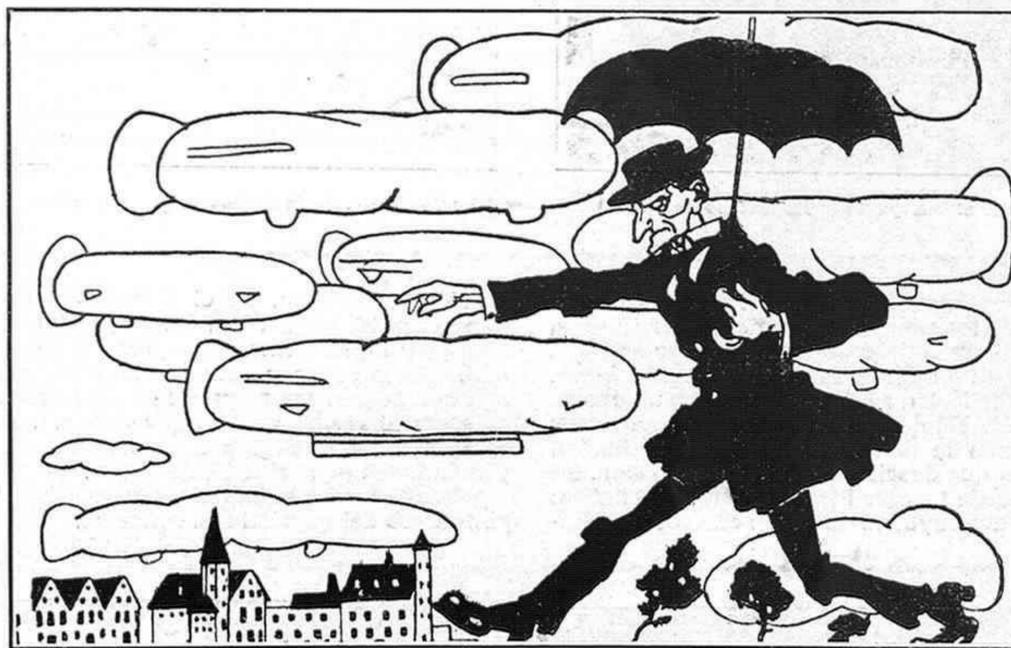
— Nos van a dejar sin un celemin para nuestro ganado.  
— Las leyes de la guerra... Todas las provisiones de boca son para nosotros.  
(De El Liberal, Madrid)

mo, no del todo muy transparente, y *La Tribuna* y *El Correo Español* no ocultan sus simpatías gráficas por Alemania.

Nosotros nos limitamos a reproducir las caricaturas más salientes de la semana y a comentarlas dentro de la más periodística de las neutralidades. Pero séame permitido a mí, particularmente, observar a título de curiosidad que el periódico satírico que siempre significó en todas las épocas y en todos los países el amor a la libertad, a las renovaciones estéticas y sociales, a la vida progresiva y moderna, en Madrid, se ha hecho ultraconservador, imperialista y partidario, en fin, de todo lo que signifique traba espiritual.

ooo

El Carnaval y la Cuaresma han facilitado los principales motivos satíricos, ó simplemente humorísticos, de esta semana.



LIGERAS NUBECILLAS

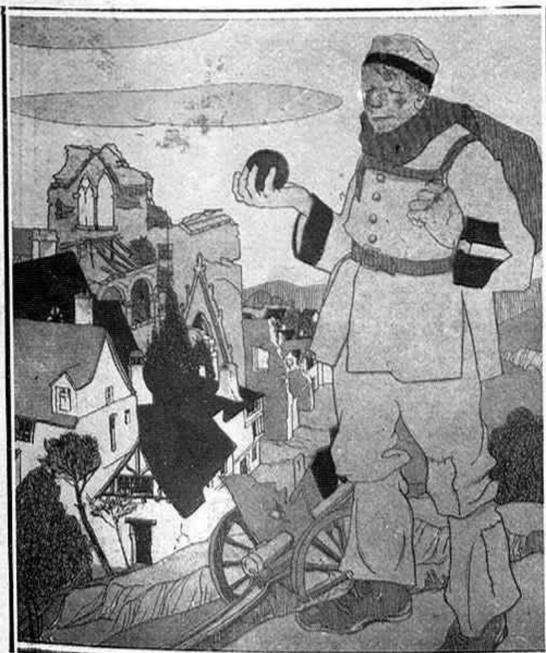
Sir Edward Grey.—¡Caramba! ¡Esto empieza á ponerse muy feo!  
(De ¡Pum!, Barcelona)

Cuba llenaron la Plaza de Toros. Por aquí, en vez de parcialismos germanistas ó afrancesados, es por donde deben ir los caricaturistas españoles. Atacar los defectos vergonzosos, agotadores de nuestra raza.

La caricatura de Marco—alejado de los periódicos por su labor, demasiado asidua, en *Renacimiento*—da en *España* una nota vibrante, viril, admirable, que desentona un poco en la plúmbea monotonía del nuevo semanario.

Todos los elogios me parecen pocos para esa caricatura admirable en que un soldado piensa lo que hará cuando se termine la guerra, cuando vea á Europa arrasada, arruinada, desagrada por el predominio militarista y se encuentre que todavía tiene una bomba, cargada, en la mano...

SILVIO LAGG



DESPUÉS DE LA GUERRA

El licenciado.—¿Y ahora qué hago yo con esta bomba?  
(De España, Madrid)

Tovar, en el *Heraldo*, representa á España camino del baile y asida á los brazos de un francés y de un alemán. Simbólica su actitud; lógico su temor ante los posibles resultados de después... Sileno, en *Gedeón*, publica un zeppelin disparando bombas. «La gran piñata de este año». En vez de regalos de cojillón, el plomo donde cabalga la Muerte.

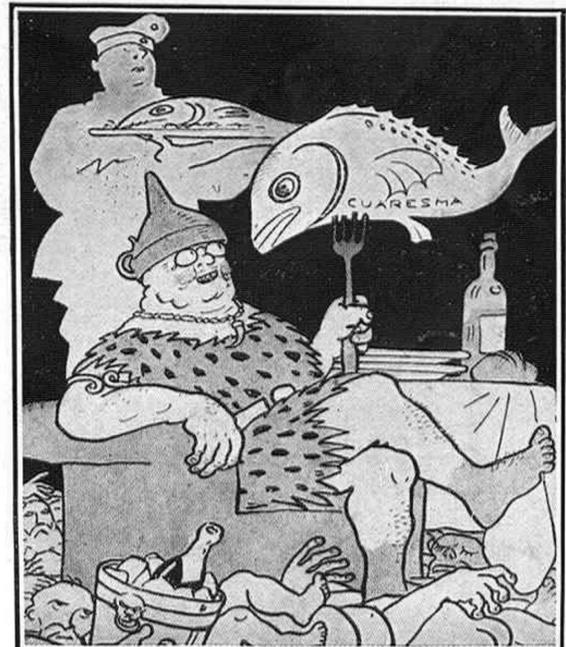
Las dos caricaturas catalanas de *L'Esquella de la Torratxa* se refieren á la Cuaresma, y *La Campana de Gracia*, alude á una posible visita bélica á Barcelona y, sobre todo, al Banco.

Ricardo Marín da también notas de entusiasta francofilia en *El Liberal*. Sus dibujos se reproducen, casi todos, en los semanarios franceses.

Regocijadas son las notas de Tovar y León—un maestro de la caricatura española y un muchacho que empieza muy bien—publicadas respectivamente en *El Imparcial* y *¡Pum!* Alude la una á los submarinos y la otra á los zeppelines, los dos temores más fundamentales de Inglaterra...

Hemos dejado para el final los comentarios que nos sugieren la caricatura de Galván en *Sancho Panza* y la de Marco en *España*.

Certera, justa y un mucho amarga es la primera en que dos españoles luchan y se golpean discutiendo la invasión de Bélgica. Son los mismos que cuando el desastre de Santiago de



LA CUARESMA DE ATILA

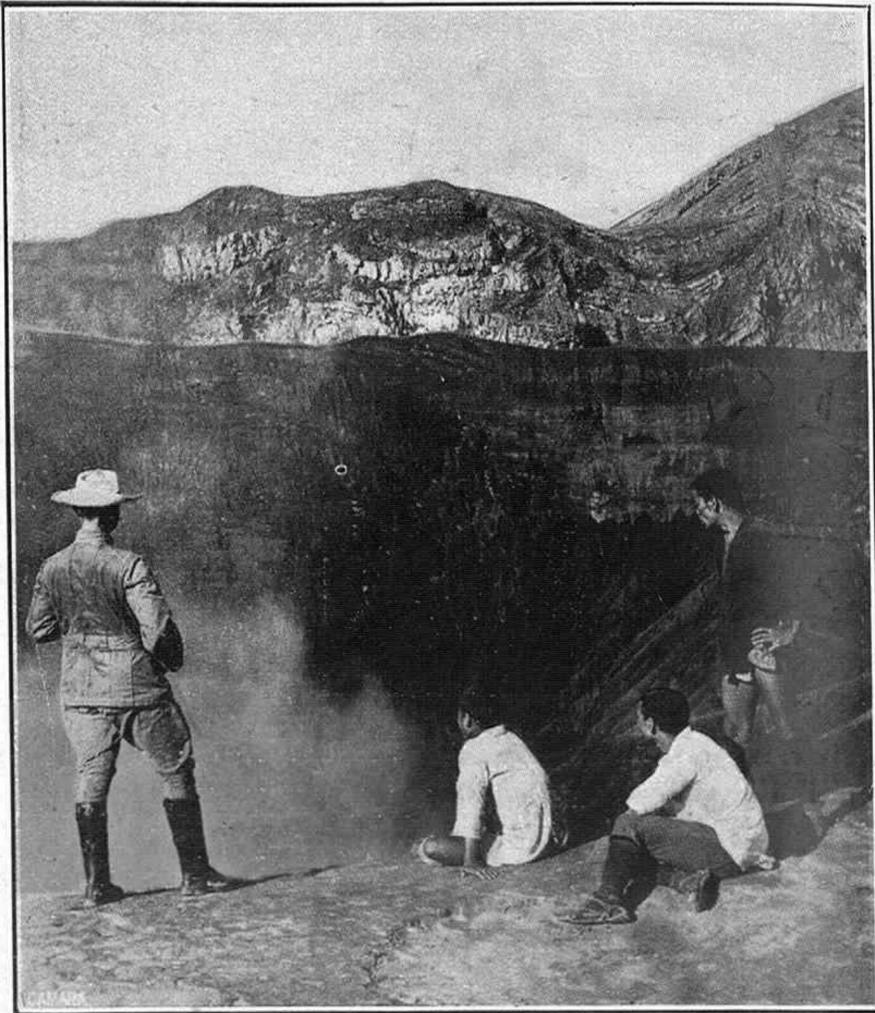
Digan lo que quieran, no viene mal de cuando en cuando comer de pescado  
(De L'Esquella de la Torratxa, Barcelona)

ATENEIO DE BIBLIOTECA MADRID

# DEL PAIS DEL SOL NACIENTE



El lago Yamanaka contemplado desde el Fusiyama (2.000 metros de altura)



El cráter del volcán de Aso-Sam, uno de los mayores, en actividad, en el mundo

Recientemente ha vuelto á experimentar el Japón el tremendo azote de las erupciones volcánicas y de los terremotos, aunque, por fortuna, no haya adquirido el fenómeno la magnitud de desastre que en otras ocasiones. País volcánico, han sido frecuentes en él los cataclismos. Durante el periodo histórico ocurrieron en él terribles conmociones, sobre todo en las comarcas del archipiélago en donde se encuentran los principales cráteres activos: en la llanura de Tokio, inmediato al Fusiyama, y regado por los ríos que descienden del Asama-Yama. De la violencia de los terremotos puede tenerse idea por este solo hecho: uno de esos temblores de tierra destruyó, en 1854, á Yedo, ocasionan-

do 100.000 víctimas. En el siglo xvii hubo 10 terremotos destructores; en el xviii, 15, y en el xix, 15. En las Kuriles hay, por lo menos, 50 volcanes geológicamente modernos, de los cuales nueve están en actividad. Como consecuencia de esta constitución volcánica en el Japón, son numerosas las fuentes termales. En Hondo, son numerosos los géissres, ó surtidores de agua caliente. De éstos el más célebre es el de Yodoroqui, que lanza al espacio una columna líquida hirviente, proyectándola á ocho metros de altura.

Nuestras fotografías evocan ese interesante aspecto científico y pintoresco del país del Sol Naciente.

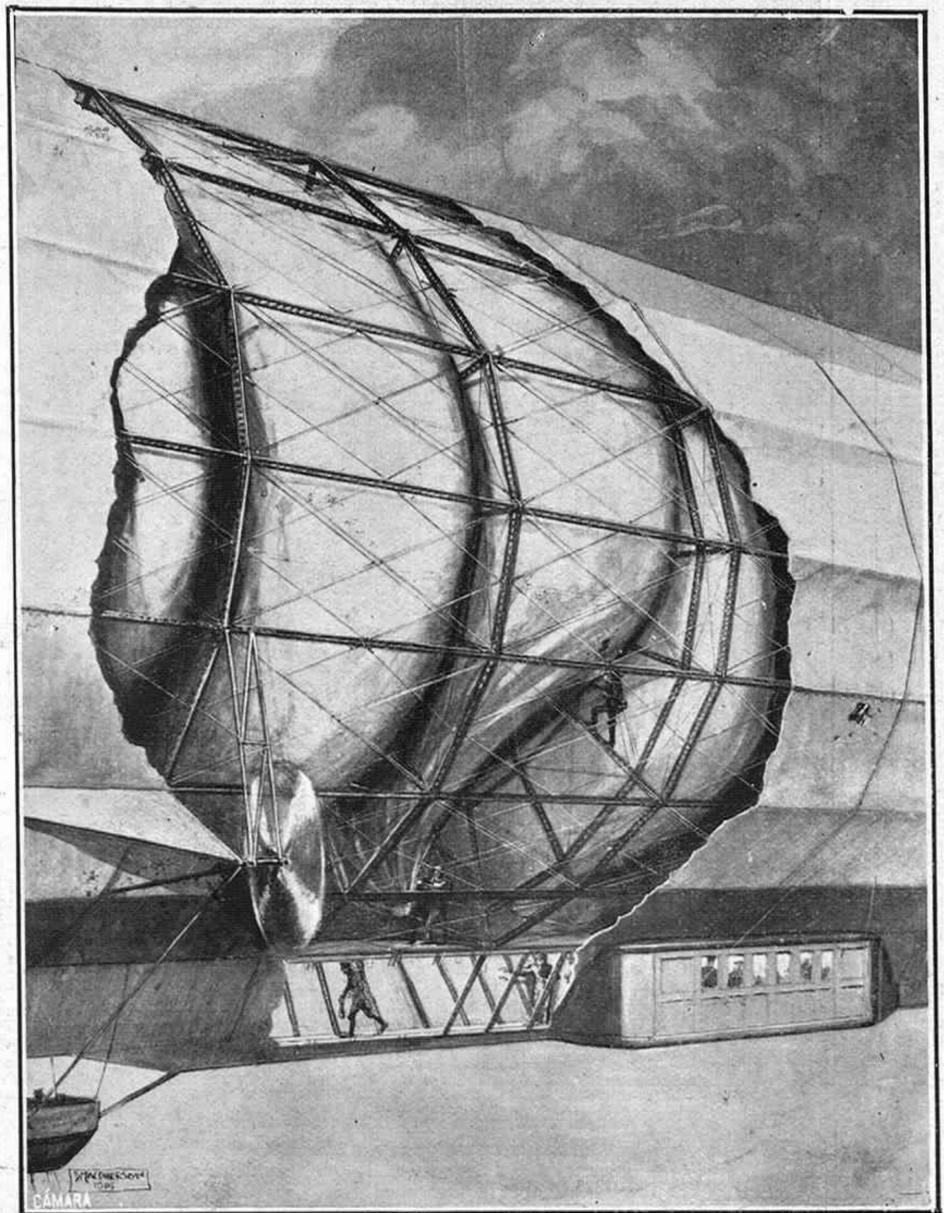
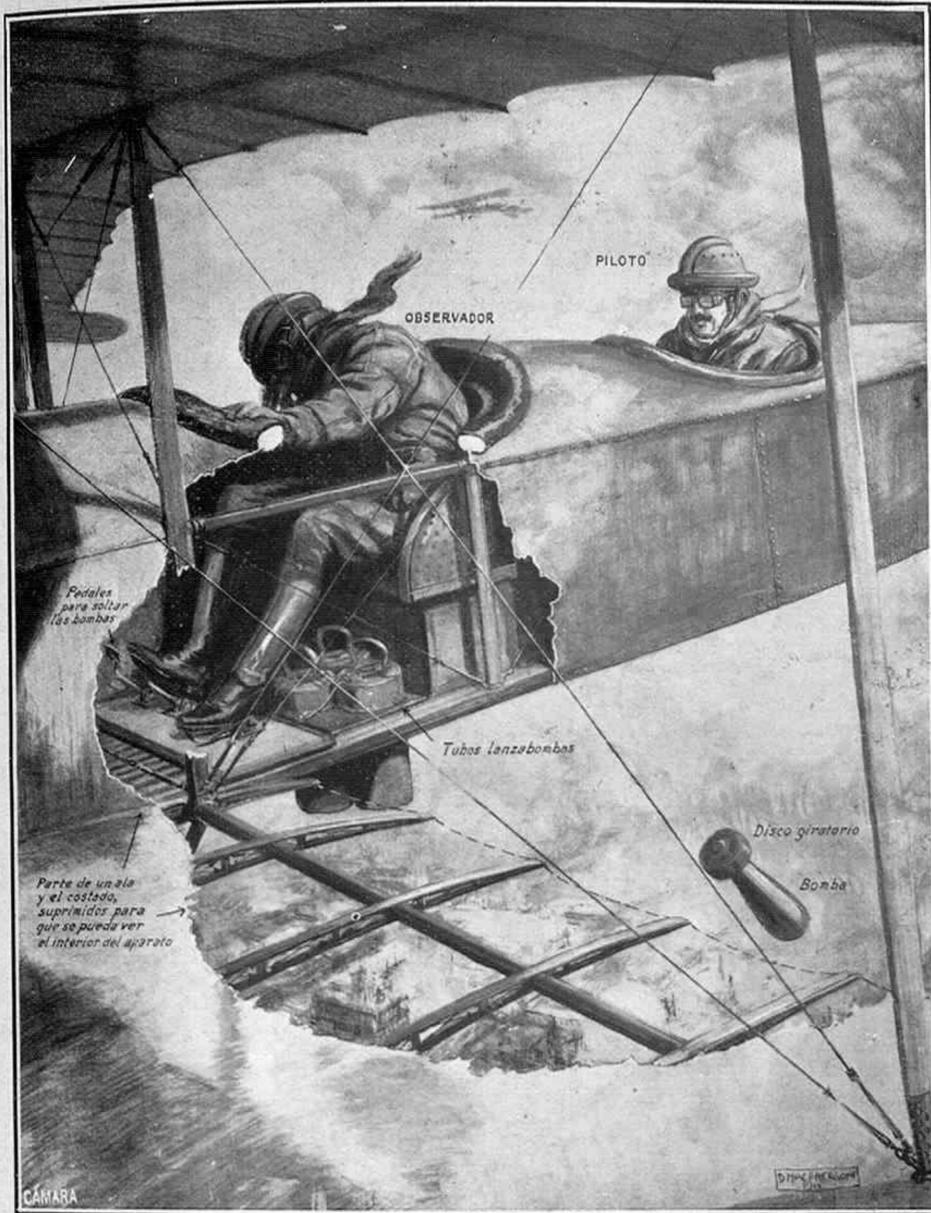


Terrible erupción de lodo hirviente del volcán de Aso-Sam



El volcán de Asama-Yama en su última erupción

# LOS NUEVOS ELEMENTOS DE GUERRA



Aeroplano alemán provisto del aparato "Roland", bombardeando una ciudad inglesa

Cómo se puede reparar las averías ocasionadas en un zepelín por el fuego enemigo

## EL BOMBARDEO AÉREO

CADA periódica hecatombe guerrera en que los pueblos se destrozan con saña, aniquilando de momento sus fuentes de riqueza y agostando sus reservas fiduciarias de la era de paz, es un manantial de enseñanzas técnicas que exigen el encauzamiento nuevo de las marciales energías y requieren, al darse por terminada la lucha, una reglamentación amistosa que ponga á cubierto de atropellos el derecho de gentes.

En esta campaña han estrenado su eficacia y su influjo dirigibles y aeroplanos, y su acción guerrera, tal vez buscando una depresión moral del espíritu enemigo, ha sido cruelmente inhumana, causando víctimas imprecisas separadas por su sexo ó por su edad de las bélicas lides.

Los temidos zeppelines germanos no han desarrollado, sin embargo, en el lapso de campaña transcurrido, el terrible programa que la popular fantasía les había asignado.

Londres sigue libre de exóticas visitas, y en previsora medida de no recobrada desconfianza, á la densa niebla del día sigue la absoluta obscuridad de la noche.

Germania sigue amenazando con su poderosa flota aérea, y el conde de Zeppelin no se da punto de reposo preparando nuevos dirigibles rígidos con cubierta de aluminio y *ballonet* independientes.

El moderno zepelín, de las características referidas, tiene la primordial ventaja de que, aun alcanzado el globo por los proyectiles enemigos, sólo afectará la lesión sufrida á uno de los

múltiples compartimientos de la nave, y obreros hábiles y abnegados, provistos de escafandras con carga de oxígeno, podrán reparar en marcha la avería, trepando diestramente por el entramado de aluminio que rodea la envuelta de los *ballonets*.

Esto no obstante, los temporales de invierno han destrozado varios dirigibles germanos, vírgenes al plomo enemigo.

Los aeroplanos mostraron y muestran mayor actividad en la ruda pelea; todos los ejércitos beligerantes los han utilizado, ya para avizorar los movimientos del contrario, y ajustar á ellos los de las fuerzas propias, ya para quebrantar masas, destruir pueblos ó sembrar alarma y con ella la muerte por medio de bombas arrojadas.

Para este funesto fin llevan los modernos aeroplanos, en su mayoría blindados, piloto y observador; aquél guía y maneja el aparato, éste cuida de arrojar sobre seguro el mortífero explosivo.

No podía permanecer inerte el ingenio humano; más despierto que nunca cuando de dañar se trata, y á los primitivos medios de arrojar á brazo las bombas, han sucedido sencillos distribuidores automáticos que el observador maneja con el movimiento de un pedal múltiple colocado ante él; las bombas van á su espalda bajo el suelo agujereado del aparato, en tubos, á los que se sujetan por un anillo de alambre; cada anillo comunica por flejes metálicos con el respectivo pedal, que al ser accionado por el observador del aeroplano zafa el anillo y cae la bomba correspondiente en vertical trayectoria.

La dificultad de distinguir los números de bombas y pedales en la rápida marcha del avión ha hecho que cada pedal tenga un color distinto, el mismo que el tubo alojamiento de la bomba que se quiere lanzar.

En Abril último, el coronel de ingenieros del ejército inglés, Mr. Louis Jackson, dió una interesante conferencia en *The Royal United Service Institution* sobre el empleo de aeronaves en la guerra, y su argumentación sobre un probable ataque á Londres de la flota aérea alemana, en esta guerra que el sabio militar inglés preveía, fué causa de que el profesor Holland le refutase, diciendo que el art. 25 del convenio de 1907 en La Haya dice textualmente que está prohibido el ataque ó bombardeo *por cualquier medio* de pueblos, ciudades, habitaciones ó edificios que no estén *defendidos*.

En aquel mismo local, pocos días antes, al tratar de las leyes internacionales de la guerra, dijo el conde de Fortescue: «Considero muy probable que si se tratase de una guerra entre España y Portugal, en la que los beligerantes no observaran los preceptos de las leyes internacionales, otras naciones se permitirían hacerles saber su desagrado; pero si eso mismo ocurriese en una lucha entre Francia y Alemania, ignoro quién estaría en condiciones de llamar al orden al culpable, y mucho menos quién sería capaz de imponerle las penalidades correspondientes.»

El conde de Fortescue estaba en lo cierto; su predicción se ha cumplido.

CAPITÁN FONTIBRE



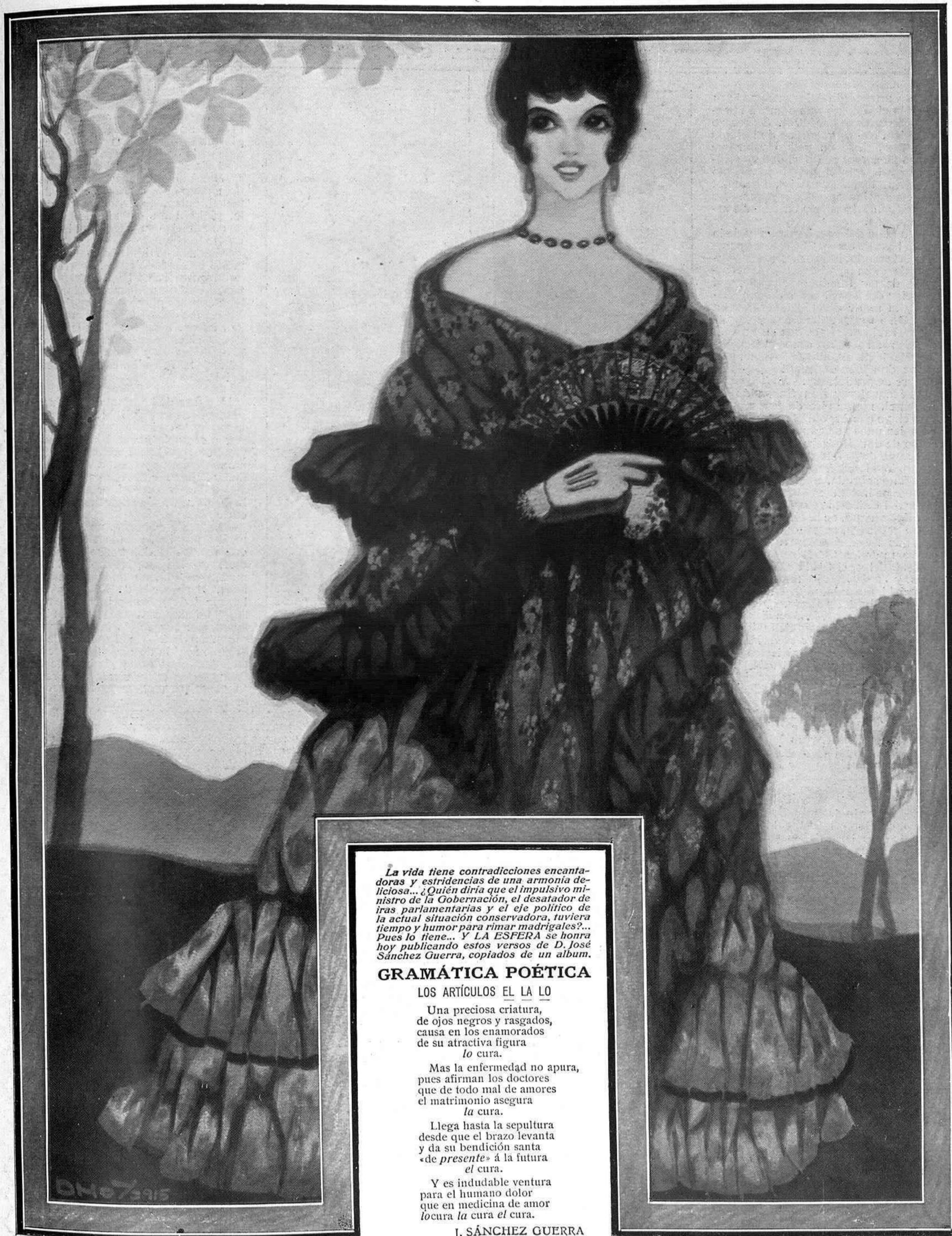
# PÁGINAS DE LA GUERRA



COMBATE LIBRADO CUERPO Á CUERPO EN EL NORTE DE FRANCIA, ENTRE FUERZAS ARGELINAS Y ALEMANAS

DIBUJO DE BRUNET

LA ESFERA  
DEL ALBUM DE UN MINISTRO



*La vida tiene contradicciones encantadoras y estridencias de una armonía deliciosa... ¿Quién diría que el impulsivo ministro de la Gobernación, el desatador de iras parlamentarias y el eje político de la actual situación conservadora, tuviera tiempo y humor para rimar madrigales?... Pues lo tiene... Y LA ESFERA se honra hoy publicando estos versos de D. José Sánchez Guerra, copiados de un album.*

**GRAMÁTICA POÉTICA**

LOS ARTÍCULOS EL LA LO

Una preciosa criatura,  
de ojos negros y rasgados,  
causa en los enamorados  
de su atractiva figura  
*lo cura.*

Mas la enfermedad no apura,  
pues afirman los doctores  
que de todo mal de amores  
el matrimonio asegura  
*la cura.*

Llega hasta la sepultura  
desde que el brazo levanta  
y da su bendición santa  
'de presente' á la futura  
*el cura.*

Y es indudable ventura  
para el humano dolor  
que en medicina de amor  
*locura la cura el cura.*

J. SÁNCHEZ GUERRA

Enero, 1915.



# LAS DESCALZAS REALES

## FUNDACIÓN DEL CONVENTO

ERA un egregio dolor que pasó por la vida como una sombra ultrahumana y espectral. Su rostro ascético, rostro anguloso de Pelagia penitente, tiene un pálido color que no es de ámbar como el de las princesas orientales, pero lívido como de cirio. Mujer de sin igual destino. Excelsa princesa doña Juana. En Castilla fué infanta y en Austria archiduquesa.

Era nieta del rey hermoso y de la reina loca de amor. El César emperador del mundo, fué su padre. Un príncipe de Indias podía ser sólo el esposo de tan fabulosa princesa, y el príncipe del Brasil fué su compañero, y al morir dejó la madre de un rey. Otro rey extrahumano y legendario, rubio príncipe, que se parecía por su rostro á sus primos el emperador Maximiliano, hijo de águilas, y al héroe don Juan de Austria que tenía sangre de semidioses.

Fué aquel rey don Sebastián de Portugal, nieto quizá de Jason, pero más ciego que Argos. El rey mancebo de quien nunca se conoció la muerte, como de don Rodrigo el desgraciado, como de Rómulo el feliz. Tal vez ascendió al emperio arrebatado por un águila sagrada, como Ganímedes. Tal vez se internó en el Elíseo al galopar del Unicornio extraordinario.

Y doña Juana, en lo alto de su magnífica grandeza, se encontró á solas con sus magnos pesares. Y fundó el convento de las Descalzas Reales de Madrid, del cual fué la primera abadesa, y en donde dió refugio á otro imperial infortunio, al de su hermana la emperatriz doña María, que viuda de Maximiliano, profesó en él.

Ved la gran majestad de la hija de Carlos V, con toda la severidad de los Austrias. Su mano siniestra oprime los guantes y el pañizuelo. La seda de ese pañizuelo es de Indias, acaso del cendal de una hermana de Moctezuma; el encaje de su borde es de Flandes, urdido quizá por los ténues dedos de una amiga del conde de Egmont. Sobre el negro tafetán de su corpiño cuelga un velillo de batista finísima, y un Juan de las Viñas representa el joyel esmaltado que le sujeta. Es como un polichinela que hiciese piruetas en el monasterio del Escorial.

Ved la frente de doña Juana. Es dos veces egregia porque está ennoblecida por la realeza y ungida por la desgracia.

¡Oh, excelsa princesa del Brasil, que fué abadesa de descalzas, después de haber sido infanta en las Españas, y en Austria archiduquesa!

### LA FUNDACIÓN

En aquel lugar contiguo al Postigo de San Martín, donde tuvieron los reyes de Castilla uno de los palacios que poseían en la villa de Madrid, quiso la princesa doña Juana, quien en ese mismo dicho palacio había nacido, que se edificase un monasterio donde ella, tan agobiada por las amarguras de la tierra, encontrase puesto y refugio para poner su pensamiento en las eternas verdades.

El arquitecto Antonio Sillero realizó la obra en 1559, y desde luego pensó la piadosa infanta en dedicarle á la Consolación de la Virgen, y tomando por inspiración del Cielo la del hacer el convento de monjas clarisas, comunicó su intento con el duque de Gandía, que después, dejando los honrosos títulos de su grandeza, fué humilde religioso, y que aun en medio de las inseguridades del siglo, y de las peligrosas ocasiones de la vida mundana, era tanta su santidad, su virtud y su prudencia que se llevaba tras sí la afición de todos.

Alabó el santo duque, el buen deseo de su alteza, y después de haberlo tratado y considerado en el secreto de su oración, dijo: que si religiosas se habían de escoger, habían de ser preferidas las monjas de Santa Clara de Gandía,



Fachada principal del Convento de las Descalzas, de Madrid

FOT. SALAZAR

con lo que la serenísima señora no pensó más, sino en sacar de allí las fundadoras para su monasterio. Tratado del negocio con el padre fray Andrés Insulano, general de la orden de San Francisco, tomó por acuerdo su alteza escoger por abadesa de su nueva fundación á Sor Francisca de Jesús, tía del duque y cuya santidad y prudencia resplandecía entre todas, por coadjutoras á la madre Sor María de Jesús, su prima hermana, hija del marqués de Denia, Sor Jerónima del Pesebre, Sor Margarita de la Columna, Sor Isabel de la Encarnación y Sor Ana de la Cruz.

Dos abadesas murieron antes de que tomara posesión la comunidad del transformado palacio. En Valladolid mismo pasó á mejor vida Sor Francisca de Jesús; y luego, hallándose ya las monjas en Madrid, en la casa y capilla del obispo don Gutierre de Vargas, murió su sucesora Sor María de Jesús. Al fin, el día de la Asunción de Nuestra Señora, del año 1559, entraron las descalzas en su propio monasterio.

Fastuosa y opulenta, como merecía de una parte el servicio de Dios, y de otra, el aposentamiento de tan altas damas, era la casa que la princesa doña Juana había mandado construir. Su traza llena de elegancia, su grandiosidad, la extensión y amenidad de su huerto, que más parecía, como en efecto era, parque principesco, y concordaba perfectamente con el destino de la santa vivienda.

Y para que no faltase el más principal huésped de aquel palacio, dió orden su alteza de que se pusiese el Santísimo Sacramento en el altar mayor, ceremonia que hubo de verificarse el día de la Purísima Concepción del año 1564, y con tan especial solemnidad que llevaban el palio: el católico monarca don Felipe, el príncipe don Carlos, su hijo, los archiduques Rodolfo y Ernesto, el duque de Alba y el marqués de Pescara, siguiendo la procesión la reina Isabel de Valois y la princesa doña Juana.

Y en tal sazón también dedicáronse los tres altares: el mayor, á la Asunción de Nuestra Señora, el colateral del Evangelio al glorioso

San Juan Bautista, á quien profesaba gran devoción la fundadora, por llevar su nombre y haber nacido la víspera de su día, y el de la Epístola al glorioso mártir San Sebastián, á quien ella de tal manera veneraba.

El día 24 de Julio del año 1568 moría el príncipe don Carlos, y en otoño del mismo año, moría la reina doña Isabel, quien, en trance ya de muerte, pidió á su cuñada doña Juana que recibiese su cuerpo en las Descalzas Reales.

Poco más vivió doña Juana, quien murió hallándose en el Escorial, el 7 de Septiembre de 1573. Vió constantemente cómo un mar de dolor llegaba hasta las playas cercanas de su alma. Dios quiso evitarle la más grande tristeza. Y así acabó en la paz del Señor cinco años antes de que su hijo, el rey don Sebastián, se lanzase á la épica batalla de Alcazarquivir.

ooo

La figura de la infanta doña Juana, perdura en una admirable obra de arte, como es su estatua orante, tallada, según creencia general hasta ahora, por Pompeyo Leoni, autor de los hermosos grupos de Carlos V y su familia, y Felipe II con la suya, que se alzan á los lados del presbiterio en la basílica de San Lorenzo del Escorial.

Existe, sin embargo, un documento, del propio rey don Felipe II, en que escribe á don Pedro Deza, y le dice: «Sabad que Jacobo de Trezo, nuestro criado, se ha encargado de hacer el sepulcro de la Serenísima Infanta doña Juana, princesa de Portugal, mi muy cara y muy amada hermana, que sea en gloria.» Y pasa en seguida á decir que el escultor le ha hecho relación de que «tiene necesidad de algunos jaspes y otras piedras de las que están descubiertas en la sierra de Granada, en el río Genil, y suplicándonos le mandásemos dar licencia para que de las dichas canteras, ó de otras, pueda sacar para ello las piedras necesarias, y por ser para el efecto que son hemos tenido y tenemos por bien que de las canteras del jaspe serpentino, que están descubiertas en el dicho río Genil, ó de cualquiera otra que hubiere en aquella comarca, pueda sacar las piedras que para hacer el dicho sepulcro fuesen menester.—En la villa de Madrid á doce de Octubre de mil y quinientos y setenta y cuatro años.—Yo el rey.»

Todo hace suponer, por tanto, que es equivocada la creencia de quienes han sostenido que el bello enterramiento de la princesa doña Juana es de Pompeyo Leoni, y que el autor de tan magnífica obra de arte es el famoso Jácome Trezzo, escultor y lapidario de la majestad de don Felipe.

### LA EMPERATRIZ DOÑA MARÍA

Era por Agosto del año 1580, cuando la emperatriz de Alemania, doña María, partió de sus Estados, deseosa de retirarse á España, y buscar como había hecho su padre, el César Carlos V, el tranquilo refugio de un convento. Pensó para ello en el de las Descalzas Reales, fundado en Madrid por su hermana doña Juana, y hacia él encaminóse en compañía de su hija la infanta doña Margarita.

Hasta el 7 de Marzo del siguiente año no llegó á Madrid, y en su lento viaje dícese que obró tales milagros, como el de pasar por lugares apestados, y que con sólo su presencia quedaron libres de mal. Una vez en Madrid, doña María, vió á su hija tomar el hábito de religiosa descalza, y ella si no ingresó también en religión, concertó su vida, ajustándola á la de la comunidad.

Eran muy grandes su recogimiento y devoción, parando pocas mientes en cuanto acaecía en el mundo, á pesar de ser el rey su hermano,

y su yerno, pues don Felipe II estaba ya casado con su cuarta esposa doña Ana de Austria, que era hija de la emperatriz doña María.

Bella y singular figura la de esta egregia dama, recoleta en el claustro, después de ser aclamada por los príncipes más aguerridos, y cantada por los poetas más excelsos. Este amor á las buenas artes y á las honestas letras, hubo de conservarlo siempre, en medio de su retiro piadoso. Picábase ella misma de letrada, y gustaba de pláticas acerca de humanidades. Así las sostenía algunas veces en su celda hasta el caer de la tarde, marchando luego con reposado y triste andar á la capilla, desde cuya tribuna no tardaría ella en acompañar á las buenas religiosas en la oración de la hora héspera.

ooo

Cuenta don Luis Cabrera de Córdoba, en sus Relaciones, el gracioso momento en que el monasterio de las Descalzas Reales, siendo morada de la emperatriz doña María, animóse de alegría cortesana y regocijo palatino. Fué en una sazón que los madrileños debemos tener presente de continuo para alabanza de aquella nuestra augusta paisana.

Era en el año 1602, y había dudas acerca de si la corte quedaría fija en Madrid ó en Valladolid. Los reyes don Felipe III y doña Margarita estaban en El Pardo y se disponían á trasladarse á Aranjuez para gozar del apacible encanto de la primavera, que ya había llegado. Y el día 22 de Abril, la emperatriz y su hija la monja que ponían todo entusiasmo, del lado del partido madrileño, dispusieron un agasajo á los monarcas.

Puesta la emperatriz de acuerdo con el concejo de la villa y con los frailes de Atocha, salió el mayordomo mayor de doña María, don Juan de Borja, acompañado de cinco regidores de la villa, á recibir á los reyes y suplicarles que deteniendo su viaje viniesen á aceptar el agasajo que su próxima pariente la emperatriz les deparaba, alojándoles en la casa del mismo don Juan de Borja, que era la frontera á las Descalzas (donde hoy se halla el Monte de Piedad) y que por encima de la calle de la Misericordia, comunicaba por medio de un pasadizo con el aposento de la emperatriz en el Monasterio. Don Juan trasladóse al hospital de doncellas que estaba al lado del convento, y el duque de Lerma con la servidumbre de los reyes tenía dispuesto

lugar en la casa de Juan Fernández de Espinosa, inmediata á la que ocupaban sus majestades.

Tres días estuvieron los reyes con la emperatriz, y durante ellos, la villa encendió luminarias todas las noches en todas las calles. Las monjas organizaron fiestas en honor de sus egregios huéspedes, y en la primera velada representóse en el convento una comedia á lo divino.



Estatua orante de la infanta doña Juana, en su sepulcro de las Descalzas Reales

y en la segunda noche, sin que nada perdiera por ello en reverencia el lugar ni las personas que en él se hallaban, celebróse un sarao con su baile correspondiente.

Pero por cierto que ese baile no era la zarabanda descocada, ni la chacona populachera, ni el canario, ni el pie de *jibao*, ni nada de eso propio de gente bullanguera, y no de encopetados y solemnes personajes. Hubo danza, sí, en el salón de las Descalzas, que como grandes señoras que eran, podían ofrecer aquella fiesta donde tenían por invitados á los reyes de las Españas. Y hubo danza además, porque ese era el agasajo que mejor podía ofrecérsele y más sabría agradecer el rey don Felipe III, que era un consumado bailarín, muy diestro en todas las partes del arte de la danza.

Y así, sombrero en mano, que es como se bailaba la *gallarda*, salió su majestad asido de la reina, avanzando hasta el medio de la sala, y haciendo el paso de la reverencia, á la pareja del duque de Lerma con la emperatriz que era la que le hacía frente. Una suave brisa de elegancia y mundanidad oreó el salón de las Descalzas Reales, y la emperatriz doña María pudo rememorar aquella noche sus tiempos de soberana.

Pero más que una antigua princesa reinante, más que una señora de piso, era en aquel instante una madrileña que defendía las calidades de su villa para que siguiera siendo la corte como de hecho venía siéndolo desde Enrique III de Castilla, y como de derecho lo había establecido el difunto rey don Felipe II desde 1560.

ooo

Cerca de un año después, el 21 de Febrero de 1603, acometió á la emperatriz doña María una recia calentura, y quiso el Señor que no padeciera largamente, porque esta enfermedad que fué la última suya, duró tan sólo cinco días, de los cuales no más que tres tuvo que guardar cama.

Y es fama que en el mismo momento de su muerte, apareció sobre el tejado del aposento donde murió, un gran globo de luz tan resplandeciente y hermoso que con ser tanta la obscuridad y tinieblas de la noche, iluminó todos aquellos contornos como si fuera mediodía, hasta tal punto que muchos de los presentes creyeron que se trataba sin duda de un incendio.

Pero desengañados de que pudiera ser un fuego terreno la causa de aquel fulgor maravilloso, y como luego supieran que á la misma hora había espirado la emperatriz, no tardaron en hallar una relación misteriosa entre los dos acontecimientos.

ooo

«Mi deseo—dice en su testamento la emperatriz—sería que me enterrasen al pie del altar de la Oración del Huerto, que está en el claustro bajo del monasterio de las Descalzas, con sólo una piedra lisa y llana encima.»

Así se hizo por el momento, pero trece años más tarde, don Felipe III, que era á la vez su nieto y sobrino, como hijo de su hermano y de su hija, quiso trasladar el cuerpo de doña María, y aunque al principio determinó llevarle al Escorial, tuvo que dejarle en el mismo monasterio á instancias de la infanta monja doña Margarita, la comunidad entera, y los ruegos del emperador y el archiduque Alberto, que querían que se respetara el deseo de la venerable señora, que aunque no profesó como su hija, vistió hábito de Tercera, é hizo siempre la misma vida que las religiosas cuya casa había elegido como retiro, recordando como su hermana doña Juana, la fundadora, que había nacido en ella.

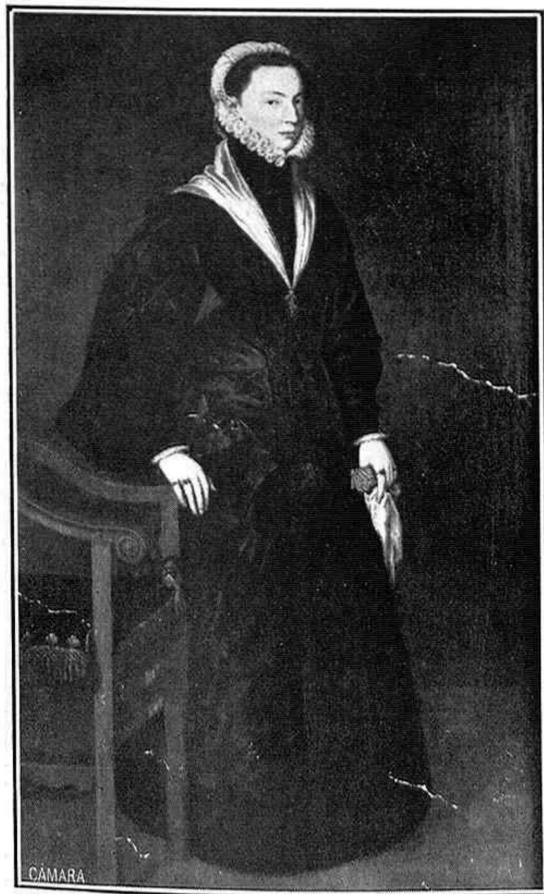
Y en un sepulcro de mármoles y bronce yace en el coro de la iglesia. A sus pies, junta con ella en la muerte como lo estuvo en la vida, está sepultada su hija, la infanta Doña Margarita.

ooo

Hé aquí las primeras Descalzas Reales. Sólo ha sido nuestro intento referirnos á ellas, que no el evocar la insigne historia del prócer monasterio, asilo luego de tan romántica poesía, como el monjío de aquella niña, dos veces egregia, por sus dos estirpes, nieta por la línea paterna de Felipe IV, y por la materna, de Ribera el Españolito.

Era monasterio cobijo de tan altas vidas, y sabedor de tan bellas historias, desde los días gloriosos de su fundación, hasta aquellos otros en que don Fernando el Deseado acudía á platicar con las reverendas madres, pasando antes por el tenderete librero de don Diego Rabadán.

PEDRO DE RÉPIDE



LA INFANTA DOÑA JUANA, PRINCESA DE PORTUGAL  
Cuadro de A. Moro, que se conserva en el Museo del Prado

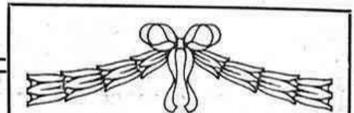


LA EMPERATRIZ DE ALEMANIA, DOÑA MARÍA  
Cuadro de A. Moro, que se conserva en el Museo del Prado





UN HISTORIADOR FRANCÉS DE LA GUERRA ACTUAL  
**GABRIEL HANOTAUX**



No necesito repetir, una vez más, que soy admirador templado de la raza germánica, no sólo en sus elementos prusianos, que fortaleció Federico el Grande, sino en los dos que en Alemania sirvieron de contrapuntos y se afirmaron en los contornos del Imperio: me refiero á los bávaros y á los polacos. Pero todo este respeto y estimación no pesan en mi ánimo, valga la verdad, cuando leo un trabajo de francés, inglés ó ruso. Mejor diré que, en ocasión semejante, ni siquiera recuerdo la nacionalidad del autor, y si la recuerdo es para apreciarla en éste con simpatía. Si el criterio me pareciera recusable, lo manifestaría; así trajese al pie la firma del mismísimo Galdós.

Sería, por otra parte, difícil hablar de criterios recusables, cuando se trata de estudiar, sería y documentalmente, el origen y desarrollo de la guerra actual. ¡Y qué guerra! El valor, la inteligencia, el exterminio, la obstinación, todo es grande en ella. Preparada por toda la historia europea, estalló á mediados de 1914, y acaso comprometa el porvenir de la humanidad. Requiere, pues, para juzgarla, la actuación, por escrito, de un espíritu informado, equilibrado y culto, que la vea y describa en todos sus aspectos, pero á la vez discierna y desenvuelva el aspecto capital, el aspecto sociológico, haciendo, por decirlo así, la *filosofía de la historia* de la guerra actual. En nuestra patria tenemos un buen libro para enterarnos de semejante aspecto de la contienda, cual es el que ha empezado á sacar á luz por cuadernos (que formarán en su terminación dos magníficos volúmenes) la «Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones». El libro se intitula *Historia ilustrada de la guerra de 1914*, y ha salido de la autorizada y robusta pluma de Gabriel Hanotau, ex ministro de Estado y miembro de la Academia Francesa. A la traducción, hecha por el competente y reputado Rufz Contreras, precéda un prólogo del siempre fresco y espiritual Unamuno. La tal *Historia* no es inquisitiva ni pragmática; es de ese género intermedio que con tan buen éxito cultivan los franceses, y que en España es casi desconocido. No se investigan en sus páginas detalles de mayor ó menor importancia, considerándolos causa ó fundamento de la crisis terrible, que obedece á razones permanentes, arraigadas en lo íntimo de la naturaleza humana.

Mas tampoco se descuida por ello el examen crítico de los hechos en que la crisis se formó y se está resolviendo. Y en verdad que Hanotau es digno de tratar este magnífico asunto. Como ex ministro de Estado nadie mejor que él puede rasgar el velo que cubría hasta hoy los secretos de las cancillerías. Como miembro de la Academia Francesa, nadie mejor que él puede comunicar al relato de los acontecimientos un estilo vibrante, con que, si pierde en gravedad, gana en eficacia la historia. Además, el estudio de esta ciencia nunca inspiró á Hanotau el desprecio de los hombres. Espera, como esperó el siglo XIX, que la especie humana irá siempre perfeccionándose. Aun en estos instantes de descorazonamiento, su sentido filosófico no decae un punto. «El éxito (dice), engendra el orgullo, y el orgullo la violencia. Por añadidura, la riqueza produce la corrupción, y la corrupción enerva los pueblos. Orgullo y riqueza sumergen de nuevo al hombre civilizado en su barbarie primitiva, y solamente las *comociones trágicas pueden corregirle y purificarle*.» Estas bellas y nobles palabras de Hanotau señalan claramente dos tristes verdades que, hoy, menos que nunca, no debiera haber interés en ocultar, y aun sería peligroso querer hacerlo. Hasta ahora las guerras eran de carácter, ya

feudal, ya dinástico, y, á lo sumo, efecto de la ambición de los conquistadores. Los pueblos no intervenían directamente: en unas partes, dominaba la aristocracia; en otras, la monarquía del antiguo régimen. Es decir, que en todas partes reinaba la fuerza, el poder político, la tiranía sin trabas. En el porvenir, las guerras tendrán por móvil principal los grandes intereses económicos de que depende la vida misma de los pueblos, y cuyo poder es incontrastable. Antaño, todo el sentimiento de la patria se reducía á la obediencia, aun en los jefes guerreros (y quizá más en éstos que en los súbditos civiles), al príncipe imperante. Hogaño, ese sentimiento es impersonal y por ende nacional, sin más límites que los del derecho común interior. No creo, pues, que la guerra actual sea la última. Más bien me inclino á creer que, al revés de las luchas pretéritas, las próximas luchas internacionales serán verdaderos combates por la existencia, que no terminarán sino por el completo ó

ba y la calma de la apostura, aparece como un espíritu templadamente intensivo y vigoroso. En el fondo del ambiente en que se destaca, fondo de labor paciente y ordenada, se adivina al hombre que, sin perder su imparcialidad, se determina y resuelve á una obra de combate y de acción. Hanotau escribe su relato á medida que la guerra se desarrolla, por creer de urgencia que Francia narre sus vicisitudes, para que no aparezcan luego historiadadas, sin contar con ella. Esta circunstancia me exime de toda crítica tendenciosa. A Hanotau le importa mucho reunir inmediatamente elementos que cimenten la opinión del mundo sobre su patria. Por lo que á mí toca, tengo ya formada esa opinión, y la he dado á la publicidad con absoluta franqueza.

Fuera ridículo ocultar que soy germanófilo declarado y entusiasta: ridículo é inútil hacerme en este punto distingos á mí propio. Pero ¿he de ser más germanófilo que los germanos mismos? No ha mucho el Rey Luis de Baviera dijo

á un personaje norteamericano, Fox: «Es muy conveniente que repitáis en vuestro país que Alemania no ha buscado esta guerra, á la cual ha ido forzada por las circunstancias. Yo, de mí, puedo aseguraros que, durante los cuarenta y tantos años últimos, he trabajado sin descanso por la paz. A ella debemos nuestro engrandecimiento moral y material. Nada, por consiguiente, podía aconsejarnos que nos apartásemos de sus beneficios. Pero presentamos la guerra, porque esa misma prosperidad suscitaba en nuestros enemigos celos y preocupaciones, y era natural, para no ser sorprendidos, que nos preparásemos. La inquietud, entre nuestros enemigos, empezó á manifestarse muy netamente en 1913, cuando en Francia se discutió la ley militar llamada de los tres años. Espontáneamente ó empujada á ello, Francia dió muestras de bélica actitud.»

Como se ve, el Rey Luis de Baviera atribuye esta actitud al partido militarista francés ó á la presión de las otras dos potencias de la *Entente*. El general Hindenburg es aun más explícito y sentimental. Después de haber manifesta-

do á un periodista vienés que él, personalmente, no odia á los rusos, y que sólo trata de «aniquilarlos metódicamente, pero casi sin enemistad», se refiere á los franceses del siguiente modo: «En Alemania todo el mundo habla con respeto del soldado francés, y nadie siente por los súbditos de la *grande nation* el más pequeño odio: compasión, sí, y mucha. A quienes de todo corazón odiamos, es á los ingleses, y yo creo que en el orbe entero no puede haber un solo hombre honrado, decente y respetable, que no aborrezca á los egoístas responsables de esta guerra sangrienta é inútil.»

Me asalta el temor, al terminar este rápido estudio, de que se me acuse de que yo ayudo á Hanotau, movido de espíritu conciliador, á deslizarse entre los enjuiciadores definitivos del militarismo alemán. Por eso quiero repetir que mi simpatía se limita al escritor y al patriota, por un lado; al mérito literario é historia de la producción, por otro. Cautiva ver la profundidad y serena unción con que Hanotau sabe llegar á la imparcialidad, siempre inspirado por la justicia, siempre verídico; domina sus emociones, contentiéndose sus lágrimas; pero no puede comprometerse, ni nadie se lo exigirá, á reprimir los anhelos de su corazón, acallando en él los sentimientos de su raza, en que se confunden el honor de su patria y la independencia de su nación. Magna labor sería la de Hanotau aun cuando sus esperanzas sobre Francia fuesen como los deseos formulados acerca de un enfermo cuyos días ha contado el destino.

EDMUNDO GONZÁLEZ BLANCO



GABRIEL HANOTAUX

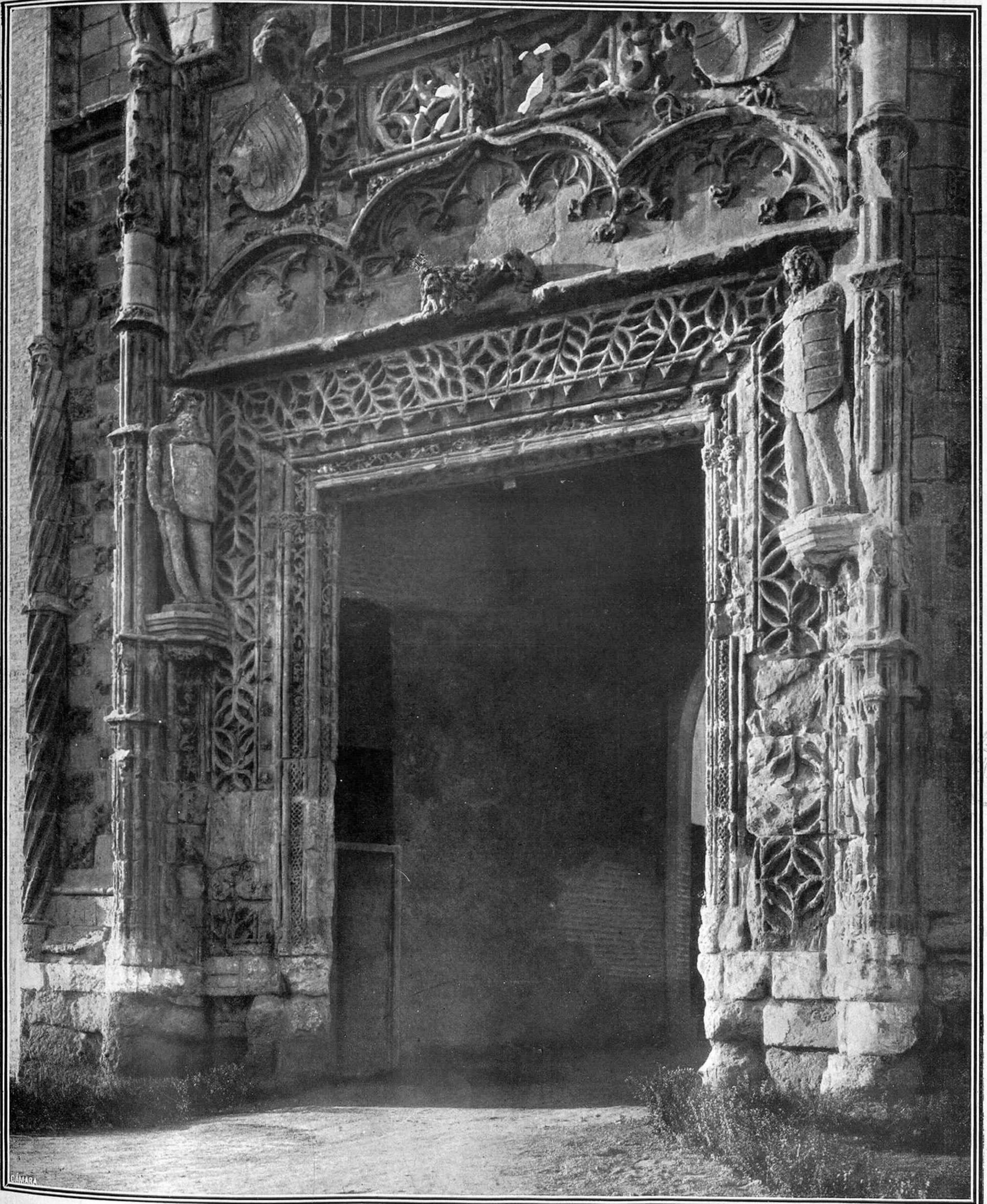
casi completo aniquilamiento de una de las partes. En lo presente, ya se verifica algo de eso. No de otro modo podría explicarse que en las guerras antiguas entrasen en liza unos cuantos miles de combatientes, y en la guerra actual los miles se cuentan por millones. Es que entonces peleaban los ejércitos (mercenarios ó nobles) de los príncipes, y hoy pelean los pueblos en masa. En Alemania especialmente, como sus mismos adversarios han reconocido, no puede hablarse de factores de la guerra: el factor de la guerra es Alemania toda.

Por repercusión, ha venido á suceder lo mismo en Francia; Hanotau claramente lo confiesa. Bastó que la guerra estallase para que desapareciesen todos los síntomas de una enfermedad que parecía por lo muy latina, muy profunda, y que era una de las peores causas de la anarquía social: el individualismo, la falta de patriotismo, el desfallecimiento del sentido del deber. Gracias á la invasión alemana, todos han acudido, como un sólo hombre, á la defensa del país y á responder del patriotismo nacional ante el porvenir y ante Dios. ¡Hermosas y leales páginas las que Hanotau consagra á dar á conocer al mundo la grandiosidad de este movimiento!

Elogié la prestancia intelectual de Hanotau, para llevar á cumplida cima la tarea que se impuso, y en verdad que esa prestancia resalta hasta en lo físico. A la vista del lector está su retrato. Profunda tristeza apaga los ojos y nubla el semblante del gran historiador, que por la gravedad de la expresión, la virilidad de la bar-

LA ESFERA

# LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



NEO DE  
BIBLIOTECA  
MADRID

PORTADA DE TRAZA OJIVAL, DE ESPIRITU MAHOMETANO, PERTENECIENTE AL PALACIO DE LOS DUQUES DE OSUNA, EN MARCHENA, QUE HA SIDO ADQUIRIDA POR EL REY Y COLOCADA EN LOS JARDINES DEL ALCÁZAR DE SEVILLA

## NOTAS CIENTÍFICAS

# EL CORAZÓN DEL MUNDO PLANETARIO

**D**URANTE los últimos años la Astronomía ha experimentado honrísima transformación. El progreso industrial y el científico han aportado nuevos aparatos de observación y nuevos métodos, todo lo cual ha permitido modernísimas orientaciones simbolizadas en la naciente y ya frondosa rama: la Astrofísica.

Llegada la Astronomía antigua ó de posición al más alto grado de perfeccionamiento, al dictar los instantes en que han de verificarse los fenómenos celestes, ancho campo á la actividad de los astrónomos descubre la Astrofísica que trata de investigar la génesis, constitución y fin de todos los cuerpos celestes, aun de aquellos cuyas manifestaciones vitales llegan hasta nosotros en un ténue y tembloroso rayo de mortecina luz.

De todas las estrellas, la más cercana y más fácilmente observable es el Sol, centro de nuestro mundo; y por ello, y para deducir de lo comprobado lo presumible, se multiplican de día en día las observaciones solares en todos los observatorios y los trabajos se reúnen, en algunos, para unificarlos con asiduos cotejos.

Nunca astro alguno ha sido tan observado. No escapa detalle en la manifestación más pequeña del centro de nuestro sistema. Se sondan sus colosales manchas, de las que reproducimos cinco grupos, que aparecen en la figura 1.<sup>a</sup>, reproducida directamente de una fotografía obtenida el día 12 del mes pasado, por el astrónomo del Observatorio de Madrid, don Miguel Aguilar.

En el estado actual del Sol, ahora, la superficie manchada abraza un área de 352 millones de kilómetros cuadrados.

No son las manchas las manifestaciones únicas de la gran agitación solar. En las mismas figuras se ven regiones más blancas, más brillantes en el Sol, donde la materia de éste parece elevarse en chorros inmensos, como en las manchas se rasga, apareciendo las capas inferiores más frías, y, por tanto, más oscuras. Por encima de esa superficie, que tempestades de las cuales no nos podemos formar idea agitan, causa de esos desgarrones en la superficie (manchas), y de los dardos proyectados en forma de conos (flóculos), existe otra capa coloreada, la cromoesfera, de donde nacen las proyecciones de materia incandescente, verdaderos dardos que alcanzan á miles de kilómetros, y que festonean fantásticamente al Sol durante los eclipses (si bien existen siempre), y por último, otro nimbo de luz ténue, la corona, que como gloria se extiende alrededor del astro, hasta

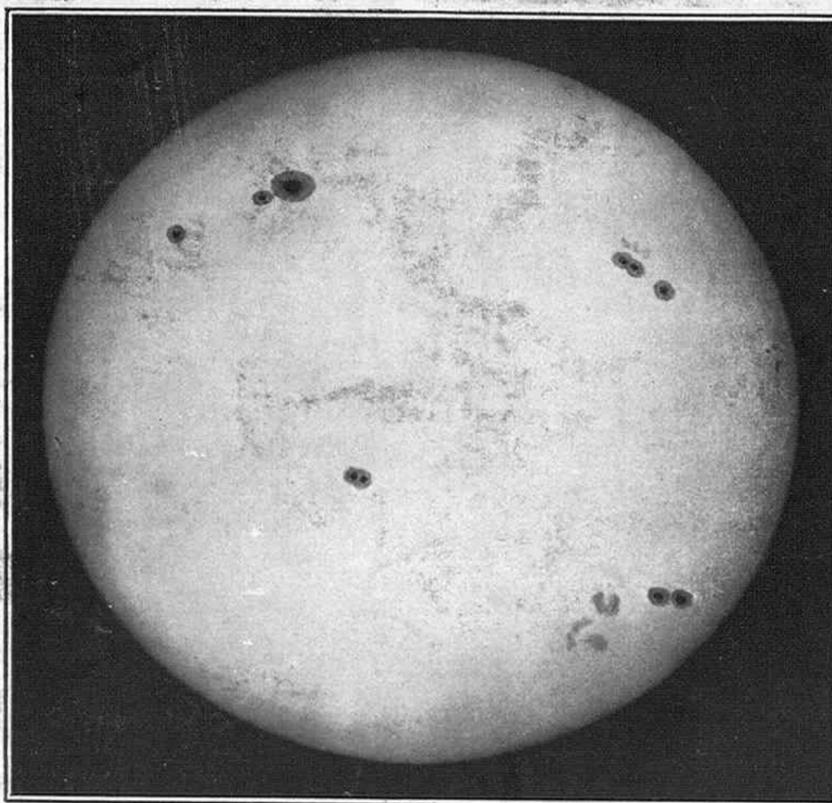


FIGURA I

sabe Dios cuántos millones de kilómetros de distancia, donde quizá nos hallemos envueltos todos los mundos planetarios, corona representada por la figura 2.<sup>a</sup>.

Pero el Sol es algo más que lo dicho para nosotros, y por la importancia que en la economía nuestra representa, adquiere de día en día

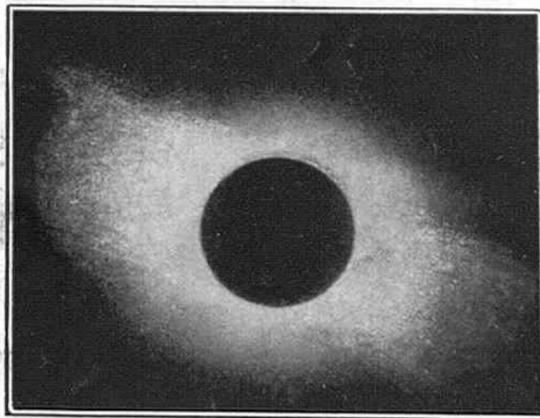


FIGURA II

más importancia su estudio. Cualquiera variación en el concepto del mundo estelar, decía Langley, no interesa más que á los astrónomos: la menor variación en la energía solar implicaría una hondísima perturbación en la Tierra, cuyas vidas vegetal y animal, del calor solar dependen.

Hasta el mundo económico se desbarataría al realizarse el temido supuesto, en cuanto la producción en los campos se alteraría profundamente, á la menor variación de la actividad calorífica del Sol.

Y no es esto todo. Desde hace tiempo se ha observado cierta dependencia ó correlación entre la existencia de segundas manchas en el Sol, como ahora sucede, y las profundas alteraciones meteorológicas.

En los rayos que el Sol envía hay algo más que calor y luz. Con esas radiaciones vienen envueltas otras poco conocidas, de naturaleza eléctrica quizá algunas, radiaciones ultra violadas, rayos *alfa* y *beta*, catódicos, etc., que parecen actuar, de modo muy intenso, sobre nuestra atmósfera y determinan perturbaciones meteorológicas, casi generales.

¡Qué más!... Si la modesta aguja magnética muestra, á veces bruscas, oscilaciones durante las llamadas tempestades magnéticas, ello sucede precisamente cuando alguno de los dardos colosales, que tienen su base ú origen en la corona solar (fig. 2.<sup>a</sup>), se dirige hacia nosotros...

Parece, pues, que toda manifestación de vida en la Tierra, como en los demás planetas, depende del Sol

La menor alteración de su actividad, repercute aquí y en el alejado Neptuno; el Sol es, pues, el corazón de nuestro sistema, que marca las pulsaciones vitales con isocronismo extendido hasta las más apartadas regiones del sistema.

Y ese nimbo glorioso, ó corona, es el lazo que nos une á todos; es el torrente circulatorio, la sangre del organismo solar que nutre la vida de todos, y que por la luz y el calor, y por otras radiaciones, menos conocidas, sostiene y regula la vida en nuestros mundos planetarios.

Llegará, sin embargo, un día en que esa hoguera inmensa comience á debilitarse, en que ese corazón gigante atenúe sus pulsaciones. Entonces habrá empezado la agonía de la Tierra y de todos los mundos que componen el sistema. Y poco á poco en ellos se irá extinguiendo la vida.

RIGEL

## EL CIRCUITO MARROQUI



1.º Motz

En el Bler

TIPOS

PLANOS : TRES NERVADURAS : ROUGE FERRÉ

El concurso más duro celebrado en 1914, fué ganado, como en 1913, con gran superioridad

POR

- |              |                     |
|--------------|---------------------|
| 1.º MOTZ     | (con N S U)         |
| 2.º ROUVEROT | (con Peugeot)       |
| 3.º RIVIERE  | (con Métallurgique) |
| 4.º GALLIAN  | (con Métallurgique) |

(4 COPAS)

sobre

NEUMÁTICOS

# CONTINENTAL

MADRID: SAGASTA, 6

BARCELONA: PASEO DE GRACIA, 61